

GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura

Sumario

Germinal Esgleas : Ética y anarquismo. — Tony Gibson : Guerra y Paz. — Resumen de la conferencia de J. Peirats : El anarquismo ante la actualidad internacional. — Proudhon Carbó : Así nació el paracutin. — Fontaura : En un lugar de la Mancha. — Victoria Zeda : Anestesia mundial. — Eugen Relgis : La gaceta. — Campio Carpio : Entonces seremos nosotros. — Angel Samblancat : Sábado del Gemitio. — M. Celma : La vida y los libros. — El pensamiento vivo de Schopenhauer. — Preguntas y respuestas. — Suno : Microcultura. — Max Nettlau : Breve historia de la anarquía (folletón encuadernable).

ENERO
1959

97

REVISTA MENSUAL

PRECIO 90 FR.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

En la mirada de esta jovencita de Venezuela, en sus gestos, en su expresión, junto a los enseres que cándidamente abraza, hay un universo confundido : mezcla de razas, mundos, sentimientos.

Es además gracia que, ausente en ella la frivolidad, a fuer de modesta, se hace sublime.

Sola, abrazada al tronco de acacia, ¿no indica también que necesita un punto de apoyo?

Sola, haciéndose cien interrogantes, pensando en el futuro, inquieta del presente, todo ello propio de las almas buenas que no comprenden por qué la vida ha de ser tan complicada, por qué la vida de todos no ha de ser como la suya propia.

Hoy, que Venezuela acaba de sacudirse el yugo político que la oprimía, pero que no ha encontrado — lejos de ello —, una forma de sociedad donde todos sus habitantes tengan pan, gocen de libertad y vivan en paz, la graciosa y humana actitud de esta silueta de mujer es equivalente a un mensaje de amor y de sencillez...

que CENT se honra ofreciéndolo a sus lectores.

CENT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borraz, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evello G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 250 francos; Semestre, 500 francos. — Exterior: Trimestre, 270 francos; Semestre, 540 francos.

Número suelto: 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CENT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

Etica y Anarquismo

NINGUN ideal en el curso de la evolución intelectual y espiritual humana ha nacido perfecto. Todos son perfectibles. Y a lo largo de los días, de los años y de los siglos, así como unos ideales han perecido, se han transformado, han quedado estancados o arrinconados, otros, llenos de energías morales y espirituales enraizadas en la vida, en la misma biología social, han sobrevivido; se han enriquecido con aportaciones nuevas idóneas; se han desarrollado y perfeccionado. Algunos se han convertido en vitales corrientes espirituales humanas. El Anarquismo es uno de estos ideales. Un Ideal históricamente joven, moderno en sus precisiones de concepción, pero que responde a una aspiración y a una necesidad humanas, éticas, estéticas, etc. Pero siempre hay que consultar su historia, y desarrollada en sentido evolutivo desde los tiempos primitivos a nuestros días: la LIBERTAD.

El HOMBRE, el individuo ha sido y es el agente y factor en la creación, formación y perfeccionamiento de los ideales, de las corrientes espirituales y éticas, de las doctrinas y de las creencias. La Naturaleza, el medio físico y social, el económico facilitan o dificultan, según su estado y condiciones, la riqueza de su contenido y sus elementos según las propias características, que tienen extrema importancia e influencias relativamente determinantes, ese florecimiento idealista y ético en el conjunto de las manifestaciones intelectuales y espirituales humanas, filosóficas, científicas, éticas, estéticas, etc. Pero siempre ^{hay} que contar con el Hombre en lo humano.

El individuo es un ser determinado y determinante a la vez. Un ser que no nace por generación espontánea, que lleva la herencia de los antepasados y que posee en sí también fuerzas y energías de porvenir, aunque sea él un ser efímero y perecedero, como todo lo viviente, en la transformación a que los mismos principios de biología cósmica y natural someten a las formas estructuradas que podemos distinguir o conocer como cuerpos o elementos definidos o intuir de su existencia.

Al Anarquismo le corresponde filosóficamente y éticamente el elevado honor de haber reivindicado al HOMBRE en toda la plenitud de sus facultades, al INDIVIDUO integralmente considerado. El Anarquismo es un HUMANISMO. Rebasa por su ética el concepto neo-platónico y el cristiano; diversas manifestaciones del materialismo disocian las ideas de libertad y de la justicia, de la concepción de la individualidad viviente humana, libre, autónoma, determinativa, dueña de sí misma, con voluntad y facultad de opción. Rebasa el spinozismo, el hegelismo, el marxismo, el personalismo de Mounier, el existencialismo de Sartre, por no citar otras concepciones que han influido o influyen en la filosofía o éticamente en la conducta del hombre, y representa vanguardia: aún hoy día, en las corrientes del pensamiento humano universal. Es una idea demoledora y creadora a la vez, renovadora y profundamente revolucionaria. Lo es principalmente por sus principios, por sus bases éticas.

La liberación de prejuicios y de lo que Max Stirner definió como «fantasmas», la doctrina anarquis-

ta en su concepción ética y filosófica la realiza plenamente. Hace que el Hombre, el individuo, el ser, entre en posesión de sí mismo. Sea conscientemente él; sea él, únicamente, y no otro. (Desde luego, no pueden negarse en modo alguno las influencias que sufre el individuo ya por su misma condición de ser orgánico y las de los diversos medios). Pero el Anarquismo representa la rebelión permanente contra todo lo que quiere o pretende esclavizar al individuo. Contra el Estado; contra los totalitarismos y los absolutismos; contra todas las formas de opresión, del género que sean. Contra toda imposición o coacción, aun la misma derivada de la ley del número. Hasta aquélla procedente de la Sociedad.

Al colocar al individuo en sí por encima de todo, con íntegro respeto a su personalidad y a su libertad, el anarquismo — y nos referimos a sus matices e interpretaciones distintas llamadas individualistas — no niega los valores sociales ni los de la Civilización y de la Cultura. Los preserva, preservando al individuo. Al colocarle directamente ante sus propias responsabilidades, con la noción consciente de que si es dueño de sí, y no acepta deberes impuestos, se ve éste en la alternativa de bastarse a sí mismo; de desarrollar en todos los aspectos sus propias facultades, de apelar a los propios recursos, de ser activo bajo los propios imperativos y por propio imperativo categórico. Realiza en sí y como unidad social hasta en la involuntaria convivencia, un esfuerzo de mejoramiento, que redundará también directa o indirectamente en utilidad social, en aporte humano positivo.

El anarquista, aun el individualista en sus diversos matices — de Thoreau a Armand etc. — no es un ser antisocial. El individualista y el único se crean su ética. O crean ética. Y no pueden crearla ni pueden ser en sí, sin un desarrollo creciente de consciencia. Y aquí el factor social y el apoyo mutuo — aun en grupos, o asociaciones voluntarias de « egoístas », — contribuyen al fin de ayudar el desarrollo pleno del ser y de sus facultades, de la colectividad o comunidad humana general — subdividida, fraccionada o extendida en su área demográfica —. Proceder de otro modo, sería contribuir al suicidio del hombre, o a la anulación de sus facultades, a colocarle en una misma posición de inferioridad en el combate por la vida, no ya sólo en lo que se refiere a sus semejantes, sino ante los seres de las demás especies.

Implícitamente la defensa del INDIVIDUO, del HOMBRE, sin recurrir a medios impositivos, a las armas, a los recursos de las leyes, a las jerarquías, a instituciones autoritarias, al Estado, implica el desarrollo y la práctica del APOYO MUTUO, tan profunda y sabiamente analizado por Kropotkin y también por algunos otros teóricos libertarios. Implica la presencia y desarrollo de la SOLIDARI-

DAD HUMANA, como principio ético y como práctica de valor positivo, útil y beneficiosa al hombre en general. Precisamente los principios de Solidaridad humana han sido fundamentalmente reivindicados por la mayoría de pensadores anarquistas de los diversos países, desde Proudhon a Bakunin, Reclus y Malatesta, Landauer, Nettlau, Fabbri, Faure, Lorenzo, Mella, Urales, Rocker, por no citar otros entre los desaparecidos, a pesar de sus diferentes matices interpretativos de algunos de los conceptos anarquistas. Y muchos de sus estudios abordan el problema o los problemas de las aplicaciones prácticas de la Solidaridad, de los ejemplos de ella, de sus posibilidades de desarrollo; del establecimiento de un medio social en que libre, voluntaria y conscientemente, los hombres las conviertan en realidad efectiva general, en las diversas zonas geográficas y humanas, con las naturales y consiguientes variantes de medio, de clima y de otros complejos factores a considerar, en lugar de localizarlas a pequeños grupos o limitarlas a algunos países, aun teniendo presente que la evolución de culturas, de ideas, de sentimientos de progresos científicos y técnicos, de desarrollo económico y de las mismas concepciones éticas, de las propias interpretaciones libertarias no será uniforme ni se manifestará o producirá con ritmo unilateral mundialmente.

Anarquismo sin adjetivo, anarquismo individualista, anarquismo colectivista o comunista, comunismo libertario, socialismo ácrata, en su concepción y realización gradual, no pueden desprenderse de las realidades éticas. Destruídos todos los fetiches, derribados los prejuicios teológicos, rechazadas las mentiras convencionales despejada la mente de « fantasmas », liberado el individuo, queda la realidad de la vida, el hecho de la convivencia, la necesidad de relación de hombre a hombre. Y también queda considerar si el hombre solo es el más fuerte, como pretendía Ibsen, si el darwinismo social representa un superior factor de progreso o bien si el apoyo mutuo, el hombre solidario del hombre, la consciente y responsable práctica de la solidaridad humana, libre, sin obligación ni sanción (Guyau), por sentido de la propia dignidad (Gille), es más conveniente, útil y beneficiosa al hombre y a la sociedad, la que mejor puede contribuir a la felicidad de los seres. De ser así, tal como decimos últimamente y como nosotros pensamos, el Anarquismo deberá conceder cada día mayor importancia a la Ética y a los estudios éticos, aparte de aquéllos que se refieran a otros aspectos concretos de orden económico, social, científico, técnico y de diversa naturaleza relacionados con el hombre y con la Sociedad.

Sin duda habrán debido comprenderlo así Kropotkin al consagrar una de sus obras principales al estudio de la Ética; al ocuparse Gori, Reclus, Me-

GUERRA Y PAZ

I

HOY vivimos en una era en la que racionalistas, humanistas y pacifistas han sufrido una triste derrota. Ellos no pueden considerarse optimistas por más tiempo sobre el futuro; en realidad no pueden tener fe alguna en el futuro. Hace veinte años, esto es, antes de la última guerra con Alemania, el caso no era éste, y tales humanistas podían esperar aún que de una forma o de otra los estados nacionales más poderosos del mundo crecerían, como así era, y aunque estos vivieran cortos de ideales humanistas de conducta civilizada, al menos renunciarían a la absurdidad de la guerra entre estados. Una vez que hubiesen renunciado a la guerra, podrían remediar otras costumbres salvajes menores en su vida exterior y doméstica; es así como los pueblos del mundo podrían haber alcanzado una verdadera vida civilizada, feliz y segura a través de un reformismo pacífico.

Se consideraba la guerra como una enfermedad de los estados nacionales, algo extraño a su naturaleza íntima de lo que había que curarlos, lo mismo que puede curarse al organismo humano de una enfermedad sin afectar a la naturaleza esencial del organismo en sí. En la década

lla, Faure y otros propagandistas libertarios concretamente de algunos aspectos éticos, al hacerlo algunas agrupaciones u organizaciones anarquistas.

En este sentido el gran precursor Godwin profundiza también, anticipándose, con reflexiones en todo tiempo dignas de meditación, el problema de la Libertad y de la Justicia, tan estrechamente entrelazados con las prácticas de la solidaridad humana, con la norma del libre acuerdo, haciendo resaltar algunos de los puntos precisos, en los que poraliza la verdadera liberación del hombre, de la sociedad, la desaparición de la autoridad, la liberación interior, por el esfuerzo consciente de sí.

En nuestros días de gigantasia estatal, totalitaria y tecnocrática, cuando el hombre vive constantemente bajo la amenaza de ser triturado, aplastado, desarticulado, convertido en robot, de no disponer de su ser de su persona, de sus libres facultades, cuando tantos se someten y renuncian a ser hombres libres o se adaptan, con más ahínco que nunca es necesario aplicarnos a las realizaciones vivientes de anarquismo, a la siembra anárquica, a la demostración efectiva de conducta libertaria, a la valoración de las bases morales del anarquismo y al estudio de los grandes problemas éticos y sociales humanos.

GERMINAL ESGLEAS

de 1930 y antes, los grandes intelectuales se reunían y discutían o se escribían sobre la forma de descubrir la cura, la medicina que limpiara a los estados nacionales de la enfermedad de la guerra. Pues en el pasado remoto se había sostenido que aunque la guerra era muy reprensible, bárbara, etc., aún confería ciertas ventajas materiales al estado nacional aventajado. Inglaterra, Francia, Prusia y otros estados estaban orgullosos de sus hazañas guerreras. No obstante, la guerra de 1914-1918 había demostrado que el progreso de la tecnología moderna había hecho de la guerra un juego demasiado destructivo y peligroso; incluso los vencedores, probablemente perderían más que ganarían en ella. La guerra cayó en muy mala reputación entre 1918 y 1939; la opinión del hombre de la calle dejando a un lado a los intelectuales, era pacifista. Nos convencimos así mismos que aunque los estados imperialistas intimidaran a sus colonias con barcos de guerra y regimientos de soldados y que el ejército estuviese siempre allí como un arma rompe huelga de la clase gobernante, había llegado ya el fin de las grandes guerras entre estados nacionales. Parecía evidente que las cliques poderosas que gobernaron las diferentes divisiones políticas del mundo, aunque fueran crueles, ambiciosas y deshonestas, al menos no eran insanas, y de aquí, la guerra internacional era una cosa del pasado. Es ahí donde cometimos el error, en atribuirle cordura a las pandillas gobernantes del mundo. Por criterio objetivo estos gobernantes son insanos. Cometemos una grave equivocación si interpretamos sus acciones en términos ordinarios de cuerdo y humano impulso. La existencia de su poder en el contexto moderno es la expresión de un tipo de organización social que no marcha y que no puede marchar en el mundo tal y como se halla hoy.

Esos humanistas intelectuales que habían considerado la guerra como una enfermedad de los estados nacionales y que afanosamente buscaron por remediarlas, estaban fundamentalmente equivocados en sus premisas básicas. La guerra no es una enfermedad de los estados nacionales y de aquí el que no pueda haber cura para ella. El concepto de enfermedad implica algo extraño al organismo, una disposición ajena al verdadero funcionamiento del organismo. Ahora bien las divisiones políticas de la tierra y de aquí la misma existencia de los estados nacionales son la mayoría el resultado de las guerras. La guerra es intrínseca a la existencia de los estados nacionales; no es, en forma alguna, una enfermedad. Si abolimos la guerra abolimos la existencia de los estados nacionales. Entre los estados nacionales no existe paz; existe solamente una tregua armada de una duración más corta o más larga.

La verificación de este hecho ha conducido a la campaña por un gobierno mundial. Los defensores del gobierno mundial dicen que el único camino para asegurar una paz duradera es el establecimiento de un gobierno mundial. La suprema autoridad tiene que tener el poder para aplastar cualquier resistencia local, de la misma forma que la autoridad suprema que gobierna la Europa del Este aplastó la resistencia local en Hungría hace dos años. Que nos agrade o no la idea de un gobierno mundial todopoderoso gobernando la tierra de esta forma, es completamente aparte. Debemos considerar primero, ¿es una proposición práctica en las circunstancias que prevalecen en el mundo? ¿Cómo se formaría tal estado? ¿Existe algún estado nacional potente en el mundo hoy que voluntariamente entregue su completa soberanía? Nosotros conocemos la respuesta: tres de los estados na-

cionales poseen ya armas que si llegan a usarlas pueden hacer al mundo inhabitable y ellos están dispuestos a usarlas simplemente en defensa de su propia soberanía. Las pandillas del poder como tales preferirían el riesgo del aniquilamiento de la humanidad antes que enfrentarse con la destrucción de su propio poder; ellos preferirían el suicidio como individuos al «suicidio», si puedo usar la expresión, de su papel como gobernante indiscutible en sus propios dominios. Me he referido a ellos como a insanos y empleé la palabra con el debido cuidado.

¿Es la campaña pro Gobierno Mundial un asunto completamente quimérico que pide a los gobiernos del mundo el que hagan lo que es completamente opuesto a sus intenciones? Al contrario, la campaña ha sido fuertemente apoyada en los EE.UU. por mucha gente influyente relacionada con el gobierno de aquel país. Yo tengo un libro en mi poder que ha sido de una influencia grande en el movimiento pro Gobierno Mundial; éste es «La Anatomía de la Paz», por Emery Reeves, originalmente publicado en los EE. UU. en 1945. Posteriormente han salido muchos cientos de miles de ejemplares en ediciones subsecuentes y las ventas se han realizado en lo menos quince otros países. Vale la pena leerse; contiene algunas críticas de valor de un mundo dividido en estados nacionales en guerra, separados. El pinchazo nos llega al final del libro. Copio:

«Hasta hoy, a través de toda su historia, el mundo era demasiado vasto para ser conquistado por un hombre solo o por un simple poder. Tras el objetivo han faltado siempre los medios técnicos. El mundo fué siempre demasiado grande para ser enteramente conquistado, incluso por las mayores fuerzas. El planeta era demasiado elástico; parecía crecer constantemente. Alexander, César, Gheghis Kahn, los españoles, los ingleses, Napoleón todos fallaron. Ellos todos conquistaron una gran parte del mundo, pero nunca, el mundo entero.

Solamente ahora, por primera vez en la historia, la conquista del mundo por un simple poder, es una posibilidad geográfica, técnica y militar.

El mundo no puede crecer más, es una cantidad conocida.

Cuando los descubrimientos terminaron, el crecimiento del mundo se paralizó súbitamente. Los desarrollos técnicos salieron a luz e hicieron al globo cada vez más pequeño. Hoy el mundo está completamente dominado por el industrialismo moderno. Desde un punto de vista técnico y militar el mundo de hoy es considerablemente más pequeño que eran los territorios poseídos por uno de los mayores imperios de los siglos pasados. Es infinitamente más fácil y más rápido para los Estados Unidos hacer la guerra en el Lejano Oriente que lo que le era a César hacerla en la Galia o en Egipto.

La ciencia moderna ha hecho de la guerra un arte altamente mecanizado el cual solamente puede ser dominado por las grandes potencias industriales. Solamente quedan tres de éstas. Cualquiera de estas tres que derrote a las otras dos, conquistaría y gobernaría al mundo...

Si no podemos alcanzar universalismo y crear la unión por asentimiento mutuo y métodos democráticos como resultado de un estudio racional, entonces, en vez de retardar el proceso, precipitemos la unificación por la conquista. No tiene objetivo razonable el prolongar las angustias de nuestras decrepitas instituciones y aplazar acontecimientos inevitables sólo para hacer el cambio más doloroso y más costoso tanto en sangre como en sufrimientos. Sería mejor terminar con esta operación lo más aprisa posible a fin de que la lucha por la reconquista de las libertades humanas puedan empezar dentro del estado universal sin mucha pérdida de tiempo.

Vemos por tanto que la campaña pro Gobierno Mundial es de hecho la campaña por la conquista del mundo, siendo los EE. UU. de América los designados a conquistar el poder. Hitler podría igualmente haber clamado ser un defensor del Gobierno Mundial, y naturalmente él veía que sus propias instituciones eran las más apropiadas para todo el mundo.

Los bolcheviques lanzaron un parecido ideal y ya sabemos donde ha de radicar la autoridad supranacional.

Esa autoridad supranacional no puede nacer por la acción conjunta de los soberanos estados nacionales, lo sabemos por la experiencia de la Liga de Naciones y por

los proyectos de menos ambición de la post-guerra de la U.N.O. Aquellos que creían en la Liga, al ver que en la práctica era impotente, emprendieron la tarea de patrocinar la investigación sobre las causas de la guerra con la esperanza de que ésta podía ser evitada incluso aunque los estados se peguen a sus cañones literal y figurativamente. Esto naturalmente era parte de la infructuosa investigación por la «cura» para la guerra, tratándola como una enfermedad que afligía a los estados nacionales, por otra parte sanos. En el verano de 1932 el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de la Liga de Naciones propuso que el Profesor Einstein invitara a una persona escogida por él mismo, a un franco cambio de impresiones sobre cualquier problema que él pudiera seleccionar. El problema escogido fué: «¿Existe algún medio que libere al género humano de la amenaza de la guerra?» En respuesta a la carta de Einstein, Freud decía, en efecto, que no existía medio alguno que liberara al género humano de la amenaza de la guerra. Freud dió una pequeña lección sobre la teoría psicoanalítica de los instintos agresivos, y en su respuesta había bastante de sentido común, pero en su ensayo cometió un grande y escandaloso error. El concluía de que porque el género humano tiene una poderosa predisposición para la agresión la cual puede ser excitada en circunstancias propicias, esa tal agresión latente en el ciudadano corriente era la «causa» verdadera de las guerras entre los estados nacionales.

Nunca ser ámucho repetir de que las guerras modernas son entre estados y no entre pueblos. La característica esencial del soldado es su sumisión, no su agresividad. El soldado debe ser enseñado a obedecer, a someter su voluntad a la voluntad de sus superiores. Sus sentimientos deben ser aplastados si éstos están en oposición con cualquier acción que se le haya ordenado en su papel de soldado. El objetivo más natural de su agresividad son sus propios superiores quienes le ordenan y le roban los atributos de hombría; pero tal agresividad debe ser suprimida y expresada si ha lugar contra la figura amorfa del «enemigo». El ridículo mito de que la guerra es producida por la agresividad del común de la gente, está manifestado en tiempo de guerra. Durante la guerra uno encontró con que un gran número de pacifistas y otros opositores a la guerra eran gentes agresivas, demasiado agresivas para ser enviadas de un sitio para otro en las fuerzas armadas, mientras que la gente verdaderamente sumisa y dócil se alistó en las fuerzas armadas e hizo todo lo que se requirió de ella.

Es verdad que algunos individuos hallan satisfacción en su mórbida agresividad, en la guerra. Ellos gozan lo indecible escribiendo sobre asuntos sádicos para la prensa o pilotando aeroplanos de bombardeo, o entrenando tropas de choque, o enviando grandes contingentes de hombres a la destrucción. En tiempos de guerra hay campo ancho desde los obscenos y sanguinarios psicopáticos puedan brillar en sus deberes patrióticos. Pero aún así, es imbécil pretender como Freud pretendía que la agresividad latente en la mayoría de los hombres es en modo alguno responsable de las guerras internacionales. Uno podía mejor poner por caso el hecho de que el agrupamiento en masas de los pueblos en la sociedad moderna engendra una tal docilidad ovejuna y falta de agresividad que ellos pueden ser conducidos en rebaños al uniforme y transformados en carne de cañón de la máquina de guerra de sus gobernantes sin un balido de protesta.

Como he mencionado antes, muchos de nosotros pensábamos en los años de la década 1930, que la guerra en realidad había pasado de moda por lo que tocaba a las grandes matanzas internacionales. Nos encontrábamos preocupados por obtener un desarme completo, una completa desmilitarización porque el problema era liberar a las colonias de la opresión militar y así quitar a las clases gobernantes el arma que usaban para mantener su desorden en Gran Bretaña. Organizaciones como la «Peace Pledge Union», tenían, creo, cientos de miles de miembros y esa sociedad ocupaba un gran y costoso edificio en Regent Street. Naturalmente no había conscripción militar y nadie que no estuviera muerto de hambre por encontrarse parado o por ser un degenerado social, pensaba engancharse en el ejército. La primera vez que se discutió la conscripción en 1938, los líderes del Partido Laborista Ernest Bevin, Clem Attlee y su hatajo, levan-

El Anarquismo ante la actualidad Internacional

(Resumen de la conferencia pronunciada por J. Peirats en la Concentración Juvenil celebrada en Perpignan (Francia) en 1958.)

HACE algunos años, se creía entonces, como sucede frecuentemente, en la inminencia de una tercera guerra mundial con todas las catástrofes que son de suponer; hace algunos años, repito, escribí en nuestra prensa que no creía (salvo accidentes imponderables) en la fatalidad de que la próxima guerra fuese necesariamente atómica.

Fundábase en mis remembranzas de visperas de la pasada guerra. ¿Quién no recuerda la propaganda pacifista de los años treinta? Se tenía presente entonces el epílogo de la de 1914-18 que, como recordaréis, incorporó a la estrategia bélica el tanque, la aviación y el gas mostaza.

taron un clamor de protesta. La conscripción en Gran Bretaña, era increíble. ¿Qué creían que éramos, prusianos, franceses? La juventud de Gran Bretaña no consentiría nunca ser puesta de uniforme. Ernest Bevin después de esto llegó a ser Ministro del Trabajo e instituyó un sistema de conscripción más completo que ninguno de los que nunca había tenido la Alemania nazi.

Debo confesar que yo estaba equivocado, muy equivocado en realidad. Incluso cuando les oíamos cavar haciendo refugios de aviación en Torrington Square en el otoño de 1938, yo estaba seguro que todo esto era parte de una tremenda fanfarronada. Argumentaba de que los gobernantes de los grandes estados podrían ser criminales, pero al menos no estarían locos. Ellos hicieron posible la subida de Hitler al poder; ellos habían provisto a un ejército alemán desarmado con que armarse como un «baluarte contra el comunismo»; ellos guiñaron a las terribles atrocidades del régimen nazi y publicaron feroces mentiras sobre éste en sus periódicos. Ellos habían provisto a Mussolini de gasolina para volar sobre Abisinia y rociar con gas mostaza a las tribus africanas y justificado esta transacción comercial en el Concejo de la Liga de Naciones; ellos tuvieron buen cuidado de que la farsa de la no intervención fuera mantenida en España mientras Hitler y Mussolini ayudaban a Franco a aplastar al pueblo español. Ellos hicieron todo esto y sin duda alguna se hallaban completamente inmunes de toda consideración moral o humana, pero evidentemente ellos no estaban fuera de todo juicio, pensaba yo. Ellos no llegarán a crear deliberadamente una situación que terminará en los bombardeos de sus propias ciudades por los monstruos que habían creado en el extranjero. Habían usado la excusa de necesidad y visión a largo plazo para justificar sus varios sistemas de violencia y de crueldad, pero si todos estos sistemas iban a terminar simplemente en una guerra europea llevada a cabo con la nueva bestialidad de bombardeos sobre poblaciones civiles, entonces estos gobernantes eran lunáticos sencillamente. Si los sistemas de violencia y traición conducen a este holocausto, en ese caso, desde un principio, podrían haber emprendido también sistemas de paz, virtud y honestidad. La senda de la virtud no podía haber tenido más desastrosas consecuencias.

TONY GIBSON

La literatura pacifista de los años treinta hacia mucho hincapié en lo que representarían las armas química y bacteriológica en un nuevo conflicto mundial. No habría vencedores ni vencidos. A la ofensiva con estas armas se respondería inmediatamente con terribles represalias. Pues había una paridad de los armamentos. Era inconcebible el monopolio de los inventos mortíferos. Los servicios de contraespionaje hacían imposible los secretos de guerra. La ciencia, que era universal ponía a la par a todas las potencias, o todo lo más situábalas con ventajas menos apreciables. Las sorpresas eran también mínimas dentro del cálculo de probabilidades. La represalia, si no inmediata, no se haría esperar. Y era de creer que correspondería en contundencia.

Pero aún con sorpresa, el ideal de una guerra química, contundente, de una guerra-relámpago, tenía en su contra no pocos escépticos. La guerra químico-bacteriológica hacía imposible el control. Los pacifistas de los años treinta nos hablaban y escribían de la imposibilidad de control de estas nuevas armas y auguraban a la humanidad un verdadero apocalipsis sin valle de Josafat. La atmósfera saturada de gases deletéreos, los ríos, árboles y frutos envenenados, la desintegración de la materia orgánica por efecto de las mefiticas emanaciones y por acción patológica de las bacterias, catapultas de las más terribles enfermedades. En fin: la destrucción de la vida, de toda vida en el planeta.

Y, sin embargo, conocimos una nueva guerra, de más vastas proporciones que la mundial de 1914-18, sin gases y sin bacterias. Recordemos, también, nuestras aprensiones de entonces. En el intermedio, no faltaron pacifistas que dieron en la teoría de que la guerra misma, por el proceso de los propios armamentos, se eliminaba a sí misma. Habida cuenta de tan funestos augurios, se llegó a creer, que puesto que una nueva guerra significaba el fin del mundo, los fabricantes de guerras, que son los Estados, se verían imposibilitados para desencadenarlas. Si una nueva guerra no iba a respetar neutrales, ni habría abrigo posible contra ella, ni podrían evitar sus consecuencias las poblaciones civiles, las de las humildes chozas, las de los suburbios, y las de las residencias oficiales, los llamados a desencadenarla se guardarían mucho de hacerlo por la cuenta que les tenía. La guerra había pasado a ser un arma de dos filo en toda la extensión de la palabra.

Y, sin embargo, repetimos, hubo guerra. Y una vez en ella, no cabe ninguna duda que se tomaron en todo momento precauciones contra una degeneración química y bacteriológica del conflicto; que hubo desde el principio de la pasada guerra grandes stocks de estas armas, prohibidas solemnemente por las convenciones internacionales; que los soldados acudieron al campo de batalla con la mascarilla antigua y que hasta hubo una unidad con este nombre en la nomenclatura de los ejércitos.

Avanzada la guerra de 1939-45 no cesaron las aprensiones, no obstante la ausencia de la temida agresión. Y cuando el conflicto empezó a tomar caracteres decisivos, no por eso cerraron sus bocas maléficas los agoreros de la guerra totalitaria. Se atribuía gran significación a la actitud que habrían de tomar los capitanean-

tes de los bandos que ya se tenía por vencidos. Estas aprensiones tomaban por blanco a Hitler. ¿Cuál sería la actitud de este monstruo, de este demente, cuando se viese acorralado en el último reducho? Su desesperación podría desencadenar la catástrofe.

No hubo pues guerra de gases ni bacterias. Los armamentos empleados en la nueva contienda fueron los conocidos como clásicos, aun con los retoques que la técnica moderna había introducido en ellos. Ni hubo desesperación catastrófica en los líderes del bando perdedor. Mussolini se dejó atrapar como un pajarillo desamparado; Hitler, más consecuente, selló su propia deshonra con un suicidio wagneriano.

Pero aquella guerra, prácticamente, no ha terminado. El mundo ha vivido desde entonces una subversión, particularmente en la Bolsa de las potencias. Como tantas veces sucedió en la historia, nuevas potencias militares han suplantado a otras hundidas o decadentes. Como en tantas ocasiones repetidas, las potencias se polarizan. El mundo ha pasado varias veces por la situación que atravesamos en nuestros días. Roma y Cartago se disputaron antiguamente el dominio del Mediterráneo en una serie de guerras púnicas de proporciones colosales; en plena Edad Media asistimos a la rivalidad entre los mundos de la Cruz y la Media Luna. El imperio germánico pretendió a su vez disputarle la corona al imperio inglés. Actualmente asistimos a un complejo litigio cuyas cabezas visibles son los imperialismos soviético y americano. Las posiciones, habida cuenta de la ausencia de terceros en discordia, parecen irreductibles. Todos los imperialismos han sido siempre inconciliables. Desde que uno de ellos se infiltra en la zona del vecino, se tiene esto por casus bellus y no hay otra alternativa que las armas.

Y ya conocemos de qué clase de armas se trata. Si el epílogo de la primera guerra mundial fueron los tanques, la aviación y el gas mostaza, el de la guerra reciente ha sido la bomba atómica.

Alrededor de este tópico se ha repetido la misma oleada de literatura que ya conocíamos. Los mismos agoreros de catástrofes irremediables han salido a la palestra. No faltan tampoco los biólogos de la guerra que sostienen que la inmensidad del peligro atómico neutralizará el peligro mismo. Para nosotros lo incuestionable es la no neutralización de la guerra, más o menos clásica.

La ofensiva fascista, precursora de la última guerra, se inició ladeando los objetivos principales. Mussolini nació como una amenaza a Francia y a la Gran Bretaña, pero concluyó descargando el golpe contra los indefensos abisinos. Tras los abisinos siguieron los españoles. En España convergieron las legiones italianas con las de Hitler. Hasta que no quedaron agotados todos los puntos débiles: Checoslovaquia y Albania inclusive, no se planteó la verdadera prueba de fuerza.

El imperialismo ruso, deudor en tantas cosas al fascismo capitalista, se ha inspirado en esta misma táctica. Y hay que reconocer su maestría en esquivar el bulto y saber asestar al mismo tiempo fuertes golpes en el bajo vientre de sus adversarios. La táctica soviética es mucho más inteligente. No consiste en invadir países débiles y remotos como solían hacer Hitler y Mussolini, sino en provocar en ellos movimientos de hostilidad contra sus adversarios directos, avivando los sentimientos nacionalistas.

Lo singular de esta táctica estriba en que el verdadero promotor aparece agazapado y aparentemente alejado de una implicación directa en el conflicto. Los americanos tuvieron que habérselas en Corea con coreanos, en China con ciudadanos de esta nación y asimismo en el Asia del Sureste. Y para colmo de paradojas tuvieron que unir sus armas con los odiosos caciques y sus domésticos contra el verdadero pueblo, alucinado este pueblo con los eslógans de la subrepticia propaganda soviética, fácil de asimilar por los miserables.

El resultado de esta desventaja está a la vista. Inmensas zonas del globo terráqueo han ido cayendo, más o menos directamente, bajo el dominio soviético. Otras, también importantes, sólo hallan la salvación agarradas a la tabla salvadora de una política contemporizante. Tal es el caso de la inmensa India.

Planteadas así las cosas es inevitable una continuidad

progresiva del mismo proceso. La delicada situación que vive el Asia Menor no puede ser más probante. Con el agravante de que la liquidación de la influencia occidentalista se produce ahora a las mismas puertas de Europa. La maestría de la táctica soviética permite a la U. R. S. S. una de las posiciones más preciosas para una guerra de cualquier género: nos referimos al monopolio de la iniciativa. El tópico del imperialismo le ha permitido una posición invulnerable con el mínimo riesgo, en cuanto al peligro de un conflicto total. Ingleses y americanos, explotadores tradicionales de estos territorios, no podrán jamás rescatar una virginidad de intenciones al respecto de estos pueblos. Todo lo más podrán entretener por más o menos tiempo su compadrazgo costoso con los gobernantes. Por más o menos tiempo, porque la política de cara al mejor postor tiene hoy una tremenda realidad en el liderato de Nasser.

¿Quién garantiza que este movimiento de infiltración progresiva, cumplida su tarea en el continente asiático, no ha de saltar por el istmo de Suez a África y tender inclusive firmes cabezas de puente en América? Los que conocemos los estragos del imperialismo sajón en Latinoamérica, la unión con que se festeja allí por grandes sectores del pueblo todo milagro antianqui, aunque lo haga el diablo, sabemos muy trabajado a este pueblo americano para cualquier sugestión sostenida por cualquier intruso contra el intruso tradicional. Las recientes demostraciones hechas en Uruguay, Argentina, Perú y Venezuela, al paso del vicepresidente Nixon, hablan por sí solas, si no de un comunismo ortodoxo, como pretenden los voceros de la Casa Blanca, si de una vasta audición a la cauta demagogia del Kremlin.

La consecuencia de todos esos detalles es que el bloque se cierra alrededor de la fortaleza occidentalista, sin que hallen sus estados mayores la manera de recobrar la iniciativa. Todo lo más a que llegan estos señores es a una conclusión catastrófica. Todos sus dispositivos se hallan concebidos, centrados en una irrupción brutal para cuyo desenlace esperan vanamente los motivos de provocación pertinentes. He dicho vanamente, porque es de suponer que sus adversarios no han de trocar por una táctica de perspectivas inciertas la que vienen poniendo en práctica con tan sabrosos resultados.

Los comentaristas de temas internacionales, que en la ocasión vale agregarles una perfecta pericia en materia de armamentos, se inclinan a considerar, que incluso en este terreno, el alto mando occidental tiene perdida desde hace tiempo su supremacía. Los progresos atómicos y balísticos que se atribuyen a la Unión Soviética no dejan margen para una perspectiva alentadora. Prueba esto, además, el propio dispositivo de la estrategia norteamericana que, mas que otra cosa, se halla anclada en la contraofensiva. El poder atómico ha pasado a ser un arma de reserva cifrada en la expectativa. Ni uno ni otro bloque se halla lo suficiente tranquilo en cuanto a su poder decisivo. Así las cosas, ambas estrategias mantienen y acrecientan el poder atómico con vistas a las represalias más bien que con miras a una iniciativa táctica o estratégica de este orden. Lo que cuenta es, pues, el rédito de la guerra fría con todos los pronunciamientos favorables para Rusia y su abigarrado bloque.

A todo lo más que llegan los técnicos aludidos, es a considerar que no hay poder absoluto en una estrategia atómica. Ninguno de los bloques en presencia se siente capaz de desmantelar completamente el dispositivo contrario ni siquiera en un ataque por sorpresa. Bastaría la supervivencia de algunas bases para que sembraran el horror en el campo de quien hubiese tomado la iniciativa.

Se reconoce, pues, que quien tan campante lleva hoy la iniciativa de la llamada guerra fría, no será el primero en tamaño riesgo, como sería iniciar, o dar directo motivo, a una conflagración atómica. La estrategia queda, pues, reducida a esa guerra más o menos clásica en punto a los armamentos que tienen este carácter, bien que respaldada por una suma pericia en los movimientos. Y al respecto, el aparente antiimperialismo, pone en manos de Rusia todos los triunfos favorables. Sus contundentes ataques al bajo vientre occidental pueden revelarse mortales de necesidad en el tiempo, a menos que la víctima propiciatoria no encuentre el medio de buscar a su vez el bajo vientre al adversario.

Porque el adversario tiene también su bajo vientre. Lo constituye todo ese conjunto de países que lloran ausencias de libertad tras la llamada cortina de acero. El campo es aquí también anchuroso. Bastaría una política inteligente en su favor, más sincera que inteligente, o las dos cosas a la vez, para que el suelo se hundiera bajo los pies de los pretorianos soviéticos.

Pero es aquí necesario usar del cálculo de posibilidades. Y a la menor insinuación nos sale al encuentro un imposible matemático. La cerrada mentalidad de los líderes del llamado « mundo libre » se opone a toda risueña esperanza. Sería preciso el milagro de una revolución de las concepciones económicas y políticas del mundo capitalista para dejar algo despejado el horizonte. Los imperialistas de Asia Menor, África y Latinoamérica tendrían que adelantarse al movimiento soviético de falsa redención de estos pueblos en una concesión espontánea de libertades a toca teja, tangibles. Tendrían que renunciar bruscamente, no sólo a sus bastardos intereses coloniales, sino a ser los puntales corruptores de una gavilla de caciques.

Por otra parte tendrían que ampliar en la expresión más concreta las harto dosificadas libertades de sus propios pueblos. El llamado « mundo libre » tendría que hacer honor a sus decantados principios abandonando sus colonias y sus leoninas concesiones; tendría que invertir totalmente su política de infiltración financiera tan cercana de la intromisión política; tendría, en vez de jugar al quita y pon de gobiernos, según el humor de tal o cual magnate de las grandes compañías, dejar de apoyar a los aventureros militaristas y sus tropelías liberticidas; tendría que retirar sus créditos de todo orden a los dictadorzuelos americanos, español y luso. Y con esta hoja de servicios en la mano orquestar una propaganda eficiente en el propio cogollo del conglomerado del Este. Pero plantear este problema es poco menos que revelar una solución imposible.

Estamos muy lejos del bajo vientre del totalitarismo soviético. Los mismos consorcios que rigen la política occidentalista retroceden aparatosamente a este respecto. No es necesario ser lince para ver que en el aspecto de la libertad, lejos de dar un ejemplo al mundo, se retrocede temerariamente. La crisis del poder civil se nos clava por los ojos. Norteamérica es hoy una nación entregada a los generales del Pentágono en una proporción alarmante. La misma cuna de los derechos del hombre acaba de dar un mentís a aquel estadista que dijo que el ministerio de la guerra era una cosa demasiado delicada para ponerla en manos de los militares. Un batracio despreciable como Franco ha podido pavonearse de que las democracias se acercan a pasos agigantados a sus concepciones castrenses.

Estas son las tristes perspectivas del mundo a menos que un tercero en discordia no surja en la palestra dispuesto a tomar cartas en esta peligrosa partida.

La única esperanza estriba, evidentemente, en este tercero en discordia. Porque se trata sobre todas las cosas de acentuar las discordias. Desde la inauguración de la era de los nacionalismos se ha ido conformando la mentalidad del ciudadano con arreglo a un dogma pernicioso: el de la nación-destino o, para ser más precisos, el del interés general. El socialismo nació para clarificar este estrafalario sofisma no menos que como nero de todos los progresos científicos y económicos. Estamos purgando las terribles consecuencias de una caída en la trampa del nacionalismo que, como se sabe, al pretender la unidad de todos los intereses, sin distinción de su bastardía, convirtió a la nación en un lecho de Procusto. El mismo socialismo, al plegarse a la nacionalidad y sus dogmas sentó los principios aberrantes del Estado moderno, todopoderoso y avasallador. La desviación ha caído hondo en la mentalidad gregaria de la mayoría, y hoy que la necesidad impone la resurrección de una verdadera tercera fuerza, que obligue a doblar la testuz a los amos todopoderosos, nos encontramos huérfanos de un estado de opinión y hasta de minorías influyentes. A las más lúcidas inteligencias les cuesta trabajo asumir posiciones radicales a las primeras de cambio, obsesos que se hallan con la idea de que no es prudente acumular conflictos al paso de la nación. El reciente ejemplo de Francia no puede ser más sintomático. Ha habido aquí una total coincidencia, que abarca desde las capas popu-

lares a las élites más pegadas a las tradiciones liberales: afrontar todos los sacrificios para evitar la guerra civil.

Y sin embargo, por encima de todas las consideraciones es una verdad, y casi un axioma matemático, que el mundo se nos muere a causa de ese prejuicio arraigado, de ese pacto tácito o implícito de renuncia del individuo y de traspaso de sus fueros a la nación que en resumidas cuentas es el Estado. El divorcio que planteó el socialismo ochocentista entre los valores reales y los convencionales ha sido completamente olvidado. Y con este olvido han sido desvirtuados todos los principios regeneradores, al extremo que asistimos actualmente al desuso y sentido diametralmente opuesto de toda una colección de solemnes palabras, la libertad en primer término.

Sobrevivientes de esta bancarrota general de valores nos pretendemos los anarquistas. Pero hay también entre nosotros una especie de complejo que se cifra en afrontar los problemas, más que con espíritu posibilista, con la pasiva predisposición fatalista del deber. Afrontar una situación lisa y llanamente por deber no es lo mismo que afrontar esta situación con espíritu posibilista. El hombre de deber es un soldado dispuesto a morir en la trinchera estoicamente, pero no decidido a buscar al adversario con esperanza de batirlo. El anarquista por deber es un numantino de último grado que espera la muerte o el suicidio antes que abandonar su puesto. No cree, en su fuero interno, en la eficacia salvadora de su decisión activa. Morirá siendo anarquista pero no hará gran cosa, impotente que se cree, para hacer triunfar su ideal.

Este complejo de impotencia podría explicarnos la razón de nuestra pérdida de terreno en muchos sentidos tras la última contienda. En el terreno sindical, favorito antes de la era de Mussolini, de Uruburu y Franco, hemos sido incapaces de una acción recuperadora. Los compañeros italianos se hallan encastillados en sus reducidos círculos so pretexto de que las masas beben actualmente otros vientos. Los compañeros argentinos nos asombrar con sus afirmaciones de que el pueblo argentino, los trabajadores en primer término, lloran nostalgias del peronismo. Entre los compañeros españoles aigerna este estado de vencimiento con un optimismo infantil, no evolucionado, desde la severa derrota de 1939. Estamos todos dispuestos, muchos por lo menos, a morir en la brecha con un estentóreo « ¡viva la anarquía! » pero faltos de las energías necesarias para creer en la virtud determinativa de nuestros actos. En nuestras propagandas se halla impreso el sello de la rutina. Y la rutina no ha hecho nunca grandes obras. ¡Cuánto más avispados, activos y mordientes no nos manifestamos en la polémica y en la contienda fratricida!

Otro de los inconvenientes es aquél por el que nos creemos Robinsones en nuestra isla. Creemos que todo el anarquismo se concentra en nosotros mismos. Que somos el último varón sobre la tierra del ideal anarquista. Cuando la crónica solvente nos dice todo lo contrario. El anarquismo ha sido siempre una planta que crece en todos los climas y vive en más o menos intensidad en todos los corazones de todos los hombres. Al extremo que no existen anarquistas en toda la pieza. El anarquismo no es una casta, ni una clase, ni siquiera un hombre. El anarquismo se produce y reproduce en más o menos cantidad en todas las clases y en todas las actitudes. Hay anarquistas de juventud que dejan de serlo en la madurez o viceversa. Hay anarquistas de años, de meses y hasta de horas. Y hay anarquistas — los más, afortunadamente — que no saben que son anarquistas. Reducir el anarquismo a un clan, a una organización, es tener un pobre concepto del anarquismo. Creer que el anarquismo perecerá heroica o estoicamente con el último afilado a la F. A. I., ibérica o italiana, o con el último cotizante de la F. O. R. A. es una pretensión desmesurada, una ofensa al ideal anarquista. Según propia confesión el semanario anarquista londinense « Freedom » debe su vida a sus muchos lectores no anarquistas.

De estas consideraciones se desprende que no se trata de esperar la muerte, una muerte estoica, al pie de la cruz de nuestra impotencia. Se trata de pasar a la acción con el convencimiento de que nuestro ejército, bien

que invisible en apariencia, es más numeroso de lo que permiten creer nuestros ojos. Y si añadimos a esto que nunca como ahora los acontecimientos nos dan la mano; que nunca como ahora se habla de anarquismo en otras palabras, llegamos a la conclusión de que tenemos ante nosotros un vasto campo de operaciones fructífero en la medida en que sepamos administrar nuestros recursos. Como ilustración a esto diremos que entre muchos tratadistas de la unificación europea Proudhon se ha puesto de moda.

Nunca han existido tantas posibilidades para el anarquismo. Y es una verdadera lástima que a la vista de tantas promesas no se encuentren los medios, ni la forma, ni los elementos para canalizarlas. Sabemos que la prueba ha sido ruda. Pero no es menos cierto que la desmoralización y la fatiga han hecho más destrozos entre nosotros que las cárceles y la policía. No necesitamos que se nos destruya, somos muy capaces para destruirnos. Las pequeñeces, los personalismos, las escisiones por un quitame allá esas pajas, nos han minimizado grandemente. Y la consciencia de esta pequeñez ha aumentado en nosotros el complejo de impotencia.

Ya no recordamos el ejemplo de nuestros remotos antecesores. Ellos también eran un puñado reducido de hombres, mucho más reducido del que formamos nosotros. Y sin embargo, su fe, su tesón, su creencia en el poder determinativo de sus actos hizo que obraran milagros. Hoy somos más numerosos, tenemos una mayor experiencia, somos más expertos y, sobre todas las cosas, tenemos delante de nosotros un ancho campo de posibilidades. Tenemos delante de nosotros un mundo desorientado y hastiado de los gobernantes, de su diplomacia, de sus tratados; hastiado de la política, de los partidos, de los programas, del sistema democrático mismo. Tenemos un partido socialista en cuadro víctima de sus enjuagues reformistas. Todo ha sido ensayado, hasta el fascismo, y el ensayo se repite, no siempre por ganas de dar vueltas a la noria. Sino porque nadie aporta nada nuevo, ninguna solución fundamental ha sido proclamada con la suficiente intensidad, con el volumen de voz necesario para que la escuchen la mayor cantidad posible de hombres de buena voluntad y que al oírlo digan: « ¡Tate! ». He aquí algo que en parte, ya se me iba ocurriendo ».

El solo horror a la guerra ha creado varios movimientos susceptibles de ser ampliados y profundizados. Es una verdadera vergüenza que sólo los comunistas maniobren en el pacifismo para mejor asegurar la guerra. Frente a este falso pacifismo de Moscú está el pacifismo intrascendente o snob. La idea de un pacifismo intrascendente es una calamidad. En su afán de sumar voluntades contra la guerra la mayoría de los paladines de ese pacifismo se han completamente desastrado de contenido substancial. Y, a la inversa, se ha querido convertir el pacifismo o humanitarismo en una doctrina específica, autosuficiente, en una doctrina sin doctrina. Personalidades verdaderamente específicas abandonaron su actividad militante efectiva en aras de ese pacifismo insipido. Se repetía el caso de los vegetarianos, naturistas y desnudistas enfrascados en su propósito de transformar el mundo mediante el culto al sol y a la diosa Trofología.

Unir voluntades sobre la base de un motivo coincidente, por limitado que sea, es una tarea laudable. Pero

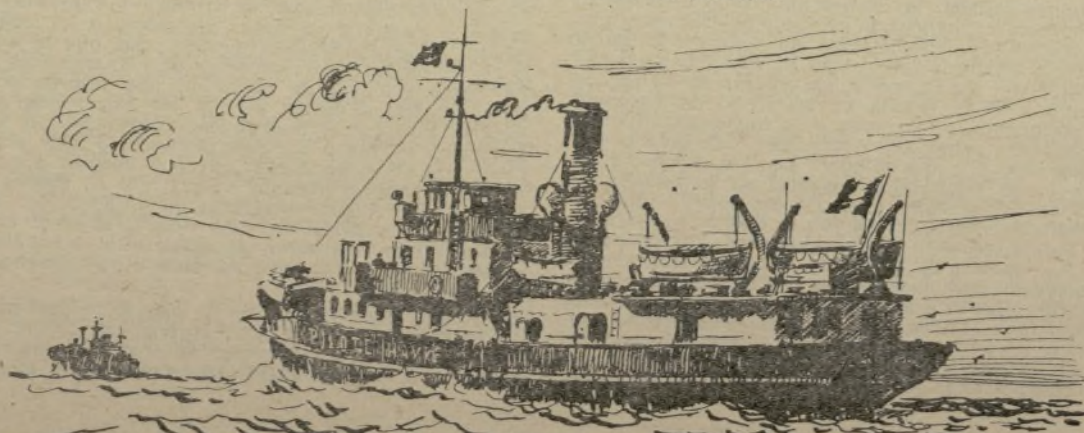
querer convertir el pacifismo, el naturismo y el esperantismo en crudo en tabla para todas las soluciones, es empequeñecer, ridiculizar, ahogar en cierne esa misma posibilidad coincidente. Hablamos para los hombres que tienen a gala ostentar opiniones fundamentales sobre cosas fundamentales. Bien que se busquen o creen cuantas corrientes de afinidad y simpatía sean susceptibles de converger. Menospreciar cuanto no encaja enteramente en nuestras convicciones es una enfermedad o una deformación que pide a gritos el tratamiento o la intervención expeditivos. Arrojar por la borda del trato fraternal a quien no piense como nosotros sobre todo lo que pensamos nosotros es un síntoma avanzado de demencia. Y hay que combatir esta enfermedad que nos lleva a la muerte por aislamiento. En plan de pacifismo este aislamiento hermético sería la más eficaz siembra para la futura guerra. Romper, en cambio, compartimentos estancos, abrir brechas a las fronteras espirituales, derrumbar murallas nacionalistas y raciales, he aquí el verdadero ideal pacifista.

Ningún valor debe ser desechado: coincidencias, meras simpatías, aun precarias e insuficientes, en plano personal y colectivo. Hay que aprovechar todo lo que nos une a nuestros semejantes y cultivar y mantener esa afinidad de detalle con la esperanza de darle más amplios alcances. Pues esto, que es una obra, no es toda la obra. Ni mucho menos. El pacifista de convicción, el que no es un snob debe inspirarse en otras fuentes que las puras exteriores del militarismo. La guerra y el militarismo obedecen a causas muy complejas. Son la consecuencia de un sistema de contradicciones. No se puede combatir el efecto sin descender a las causas. Y en el diario afán de soldar voluntades hay que volcar el esfuerzo hacia terrenos de acción tan amplios como exija nuestra empresa. Aparte esto, las individualidades específicas enroladas en el pacifismo heterogéneo, insipido o no, no deben abandonar el trabajo en el campo de sus ideas, en el seno de los movimientos populares o sindicales, al objeto de dar contenido, empuje y fuerza a la verdadera acción capaz de acabar con la guerra buscadole al sistema autoritario el punto vulnerable.

Hay que acabar con las meras elucubraciones y con los movimientos artificiosos. Lo han venido siendo todos los pacifismos retóricos, de mensaje y manifiesto, y los no menos pomposos pacifistas de laboratorio. Urge esta clarificación a la vista de tanta verborrea como proclama hoy en día sus propósitos de paz con música marcial de manifiesto o manifestación alineada, encuadrada y uniformada.

Seamos capaces por nuestros hechos, más que por nuestras palabras, de arrancar la blanca bandera de la paz o la roja bandera de la revolución de manos projanas. No hagamos de la paz un simple problema sentimental. Las llamadas a la comprensión, los votos humanistas, las estadísticas horripilantes, las negras listas de inoculados a la guerra y los presagios de mal agüero, más que electrizan a los supuestos destinatarios han de asustarles, deprimirles y acobardarles.

Seamos los paladines de una hora que pide soluciones, no retóricas; de un mundo que clama a gritos por una revolución profunda de sus instituciones. Démosle estas soluciones antes que la democracia termine su funesta obra: la de empujar a los pueblos al abismo sin fondo del fascismo.



Ayuntamiento de Madrid

Así nació el paracutín

DE entre todas las mil servidumbres que afligen a la Humanidad, pesan sobre ella con la fuerza abrumadora de las fatalidades ineluctables y la mantienen, generación tras generación, siglo tras siglo, encadenada a la galera, la más triste, la más dramática, la más descarnada, la más desgarradoramente patética y sombría, la más abyecta también, es sin duda la que nace de su propia y al parecer irremediable resignación. Es una resignación sordida, fría, ancestral, hecha de cobardía e ignorancia, en cuyo angustioso fondo de pesadilla se mezclan y confunden mil extrañas reminiscencias de tiempos remotos y de tiempos nuevos, de lúgubres mazmorras, de látigos siempre prestos a abatirse sobre esqueléticas espaldas laceradas, de potros de tormento, de horcas y garrotes, de barrotes de hierro amordazando ventanas carcelarias, de pelotones de ejecución, de campos de exterminio. Es como la herencia maldita que nos legaron milenios de arbitrariedad, de injusticia, de esclavitud, de miseria. Una resignación tan dueña de las conciencias, tan profundamente arraigada en las multitudes, casi diríamos tan natural, que sobre ella se atreven los gobiernos a elaborar toda una teoría, toda una filosofía: la filosofía de la libertad sin alas y con cadenas, del bienestar material sobre la más afrentosa indigencia, de la justicia en la más repugnante iniquidad y de la seguridad colectiva sobre una alfombra de bombas de hidrógeno de cien megatones, custodiada por unos locos haciendo sobre ella juegos malabares con antorchas encendidas.

Todo esto, que más que realidad clara, evidente y tangible, se nos antoja un aterrador incubo de locura, induce irresistiblemente a pensar que los hombres, a fuerza de sufrir, a fuerza de engaños, a fuerza de fracasos y decepciones, han perdido la fe en todo, han acabado por desinteresarse de sí mismos y de su futuro, y se han vuelto insensibles al propio dolor, al propio desamparo, al propio naufragio y a la propia muerte.

La grey inmensa, humillada la frente bajo el peso de las viejas injusticias siempre vivas, siempre renovadas, avanza lentamente, sin un grito de protesta y sin un gesto de rebeldía, hacia el tenebroso altar de los sacrificios, hacia el ara de las inmoluciones.

Periódicamente, con escalofriante precisión cronométrica, se impone al rebaño el apocalíptico holocausto de la guerra. Sacrificio saturado de terror y de espanto sin límites, de crueldad inaudita, de infinito desprecio por la integridad y la dignidad humanas; lucha fratricida, ciega, injusta, inútil, en la que los hombres matan sin cuidar a sus víctimas y mueren por causas que desconocen y por intereses que les son siempre ajenos, y en cuyo trágico torbellino, impulsados por una disciplina obtusa y sin discernimiento, de irracionales, avanzan impasibles, rodeada la cabeza por enjambres de balas y hundidos los pies en inmundos charcos de sangre y de lodo, hasta que les llega el turno de quedar convertidos en un poco de lodo y un poco de sangre.

No pueden discernir ni analizar. Un miedo viejo, instintivo, agarrota el cerebro y paraliza el pensamiento,

enroscándose en él como una hiedra. No pueden percibir la monstruosa aberración, el escarnio sangriento que se encierra en el hecho de que, para arrastrarlos a la matanza, a la destrucción, al incendio, al saqueo y al asesinato, las sagradas instituciones que nos rigen han tenido previamente que negar, con inaudito cinismo, todos los valores morales, que trocar en delitos sancionados por el máximo rigor de las leyes de excepción los más nobles sentimientos, que señalar a la execración y a la vindicta públicas las actitudes que un día antes constituían el legítimo orgullo y el signo distintivo de los mejores, y finalmente que lograr el portentoso milagro de convertir las acciones más viles, vergonzosas y degradantes en otras tantas inefables virtudes teológicas.

Y en tiempos de paz, es decir, en los intervalos entre dos guerras, el sacrificio frío, monótono, sin temblores ni estremecimientos de pavor, del trabajo. En el primero, la violencia, fulminante, súbita eliminación física en medio de espasmos y convulsiones; en el segundo, la agonía pálida, sin destellos ni resplandores; la lenta, paulatina depauperación física, la miseria del cuerpo, la degeneración del espíritu, la amarga y universal tragedia de la frustración de tantas esperanzas, de tantos anhelos truncados; la aplastante monotonía de un eterno caminar hacia ninguna parte...

¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo prevalecerá el sádico despotismo, la despiadada ambición de unos cuantos sobre el inalienable derecho a la libertad y a la vida de los más? ¿Hasta cuándo permanecerán mudas las ocultas ansias de manumisión de las multitudes? ¿Dónde fueron a apagarse las voces de los profetas? ¿Qué se hizo del postrer grito de rebeldía de los héroes populares, de los que dieron la vida por arrojar un destello de luz en medio de las inmensas sombras que nos rodean?

Ese derecho no puede prescribir. Esas ansias laten poderosamente en el seno impenetrable y hermético de las multitudes; las voces de los profetas no se han extinguido, no se extinguirán jamás, y su eco se propagará lejos, cada vez más lejos, hasta alcanzar la entraña viva y remota en que palpita el fuego de la gran justicia que ha de venir. Ni ha dejado de vibrar como un trueno en la conciencia colectiva el postrer grito de rebeldía de los héroes populares, de los que dieron la vida por arrojar un destello de luz en medio de las inmensas sombras que nos rodean.

Es que la aurora ha de venir de muy lejos, de muy hondo, de una lejanía y de una profundidad tan grandes, tan vertiginosas, como el insondable abismo en que la infernal coalición de los privilegiados y los verdugos sumió a los pueblos. Ha de venir de muy lejos y de muy hondo. Pero vendrá.

Era una parcela llana, mansa, tranquila. Un campo de labor sembrado de maíz, lo que en México llamamos una « milpa ». La milpa del señor Pulido, cerca de Uruapan, en el Estado de Michoacán. La tierra parecía como dormida, domesticada, casi diríamos humanizada por su prolongado contacto con el hombre, con innumerables generaciones de labradores que de ella vivían. Es verdad

En un lugar de la Mancha...

A José María Puyol y a Conrado Lizcano, con todo afecto.

He leído estos días unas páginas, traducidas al español, del libro que ha publicado en inglés el profesor Mark Van Doren, edición a cargo de Columbia University Press, de Nueva York. Lleva por título la obra: «Don Quixote's Profession» («La Profesión de Don Quijote»). Se trata de un ensayo en el que se busca desentrañar, una vez más, lo que es el sentido medular de la inmortal obra cervantina. Sabe el autor que, en torno al Quijote se han hecho innumerables exégesis. Así manifiesta: «Estoy tentado a decir que nunca hubo más opiniones respecto a una misma cosa que las que existen sobre Don Quijote. Lo cual no impide que el libro las sobreviva a todas, como tiene que ocurrirle a una obra maestra como ésta.» Afirma también: «Este hombre puede decirlo todo, sea largo o corto; conoce su camino como el genio que se abre paso a través del laberinto del lenguaje y del intelecto, y hay un aprendizaje interminable en su dominio.»

que estaba ubicada en una región a la que los geólogos aplican el calificativo de volcánica; e incluso para los legos en la materia, es fácil descubrir el elocuente testimonio de su pasado tormentoso en la forma peculiar de numerosos montes y colinas circundantes, que bajo el manto de verdor que ahora los cubre y por entre el follaje de sus grandes árboles, dejan ver la característica forma de cono truncado de los volcanes. Pero si esa zona había sido alguna vez bronca, arisca y rebelde, debió ser en tiempos muy lejanos, perdidos ya en la bruma de un pasado remoto. Ahora, con el transcurso de los siglos, habíase vuelto dócil, obediente y sumisa, y la reja del arado trazaba sobre ella, pausadamente, los surcos. Sin embargo...

Aquella tarde del 20 de febrero de 1943, después de una buena jornada de trabajo, el señor Pulido se disponía a regresar a su casa. Como de costumbre, desde el límite mismo de su propiedad y antes de entrar en el recodo del camino, lanzó una última mirada a su milpa. Algo insólito llamó su atención; del centro del campo se elevaba una tenue, casi imperceptible columna de humo. Volvió sobre sus pasos, con el propósito de apagar con el pie ese fuego cuyo origen no se explicaba. El humo brotaba de una pequeña grieta del suelo y su volumen aumentaba por momentos. La tenue, casi imperceptible columna de humo de unos minutos antes era ahora un violento torbellino amenazador y rugiente en el que se mezclaban grandes piedras que eran proyectadas a enorme altura. De pronto, como llegando a la superficie de una profundidad incommensurable, se oyó un horrisono, pavoroso, interminable trueno subterráneo, y el suelo se estremeció en forma aterradora. El pobre hombre lanzó

Pero no trataré ahora de comentar el libro. Lo he citado porque, por asociación de ideas, «La Profesión de Don Quijote» me ha hecho pensar en alguien que pereció por haberse tomado excesivamente en serio la profesión de Quijote. Mas vayamos por partes:

Era una tormentosa noche invernal. Nos encontrábamos en la cárcel y en una de estas jornadas pésimas, en que el desaliento nos atenazaba. El tiempo de una parte, de otra las noticias pesimistas que circulaban al respecto de nosotros. Todo contribuía a tenernos tristes, sin deseos de conversar. Por un ventanillo de la celda se distinguía el zig-zag de los relámpagos. Se percibía el rumor del agua, al caer, golpeando las techumbres de la cárcel; retumbaban los truenos.

Eramos cinco compañeros de reclusión que, de costumbre, tumbado cada uno en su escuálida colchoneta que servía de cama, prolongábamos una tertulia que solía durar hasta media noche. No era tarde, acababa de hacerse el relevo de la guardia. Como cada día, habíamos percibido los pasos del pelotón de soldados en el silencio de la noche.

un grito de espanto y huyó despavorido hacia su aldea. Poco después, toda la región habíase convertido en un verdadero infierno. Los ruidos subterráneos eran constantes, la tierra trepidaba sin cesar, torrentes de lava incandescente brotaban del volcán en gestación y avanzaban inconteniblemente, sepultando cuanto se oponía a su paso. Pueblos enteros eran sumergidos y devorados por el fuego, mientras una constante lluvia de cenizas lo iba cubriendo todo, inexorablemente. Trágicos resplandores rojos iluminaban el firmamento y los bosques de pinos lanzaban al espacio su propia y amenazante pirotecnia fantasmagórica. En medio del furor de los elementos desencadenados, indiferente al inmenso abandono y a la mortal angustia de los hombres, el monstruo recién parido por la tierra crecía, crecía, elevándose cada vez más alto hacia el firmamento, cada vez más amenazador, y desde centenares de metros de altura seguía vomitando llamas, destrucción y muerte... Y a sus pies, como pigmeos, como figuras de aquelarre grotesco, los habitantes de la región, perdidos en ese ámbito espantoso, huían dominados por un terror pánico, tratando desesperadamente de sustraerse a su destino. Algunos, creyendo llegada la hora del juicio final, permanecían arrodillados en el suelo, con los brazos en cruz y elevada al cielo la mirada, en una reproducción desgarradora de la estampa bíblica del Diluvio, pero de un diluvio de fuego.

En el breve espacio de unas horas, la mansa, tranquila y sosegada milpa del señor Pulido, la tierra que parecía dormida y domesticada, habíase convertido en una auténtica visión del pavoroso y caótico nacimiento del Planeta, o del fin del Mundo.

P. CARBO

Uno de los cinco era un hombre joven de vida un tanto borrascosa. Se llamaba Félix. Miembro de una familia numerosa en la que la nefasta influencia paterna : un alcohólico inveterado, se había dejado sentir particularmente en uno de los hijos y alguna de las hijas, cuyos pormenores psicológicos hubieran tentado la pluma magistral de un Dostoiewski. Tenía Félix atisbos de hombre inteligente. Había actuado en los medios libertarios, colaborando con algunos artículos en conocidos semanarios. Mas, la lectura apresurada de autores cuyas concepciones necesitan ser examinadas con cierto detenimiento, fueron para él poco favorables. Leyendo a Nietzsche, Stirner, Vargas Vila, Gide, se hizo un taco trastocando las nociones del bien y del mal. Cayó en el vicio, la tuberculosis hizo presa en él, falleciendo en un hospital, abandonado incluso de familiares.

Félix Lázaro dijo : « Esta noche me recuerda otra, no muy distante, en la que, hallándome preso en un pueblo manchego, fui testigo de algo que recordaré toda la vida : el suicidio de un hombre que se quitó la existencia por idealismo, por no dar satisfacción, con su encarcelamiento, a sus enemigos, los falangistas del lugar, los que le pusieron preso. »

Difícil me sería ahora reflejar con el acento, con el tono, con la expresión que él lo iba contando, el relato que nuestro compañero de reclusión nos hizo. Tenía la particularidad de matizar sus palabras de manera que brotaba, al par de ellas, la evocación, algo así como la imagen vivaz de lo que refería. Intentaré, removiendo lo hondo del recuerdo, referir, en resumen, lo que Félix nos contó aquella noche :

« Caí preso, una de tantas veces, y de cárcel en cárcel fui a dar con mis huesos en una localidad manchega, pueblo de poca monta. No había cárcel en el lugar, y hacia las veces de tal una especie de cuadra, pequeña, sucia, con abundantes colgajos de telarañas en el techo. Dejaba entrar algo de luz un ventanuco; casi tocando al techo, abertura cruzada de negros barrotes. En un extremo del local había un agujero ancho, que hacia las veces de retrete, y del que partía un olor nauseabundo. En el otro extremo había un grifo y una pila mugrientos. En el centro un jergón de paja, hecho con tela de saco, todo roto y sucio. Las paredes, de adobe, tenían grabadas, con la punta de un clavo o de un cuchillo, nombres, fechas, pensamientos truculentos y toscas imágenes eróticas. Los había también que, por lo visto, deseando dejar recuerdo de su estancia en tal sitio dibujaron con excremento la pared y valiéndose de los dedos.

Cuando me encerraron allí era un día frío, sin sol, de fines de diciembre. Me acompañó una pareja de guardias civiles. Hacia las veces de carcelero el campanero sacristán, enterrador y alguacil, todo en una pieza, que había en el pueblo. Abrió la puerta y los guardias me empujaron hacia dentro, al tiempo que el carcelero gritaba a alguien que estaba en el interior :

— ¡Ahí tiene un compañero, don Roque! ¡Para que no se aburra estando solo!

— ¡Imbéciles! — fué la respuesta del aludido, al que vi permanecer sentado sobre el jergón, leyendo un gran libro que tenía entre las manos.

Se marcharon conversando, tras de haber cerrado la puerta. Al parecer, comentaban algo gracioso, puesto que se alejaron riendo a carcajadas.

El hombre que estaba sentado leyendo tendría unos sesenta años, cuerpo membrudo, fuerte, poblada barba blanca, pelo abundante y enmarañado. Vestía un traje de pana, de un color azulado, y calzaba altas botas de cuero, como un cazador. A mi saludo : « ¡Buenas tardes! », respondió simplemente : « ¡Buenas! », sin quitar la vista del libro.

Me encontraba fatigado, pues habíamos hecho unos cuantos kilómetros de recorrido por carretera en compañía de la « pareja », con la salvedad que ellos iban bien comidos y bebidos. Yo no llevaba en el estómago más que unos mendrugos, secos como pedruscos, y media escudilla de rancho con unos pocos garbanzos, duros y deslabazados.

Me senté en el extremo opuesto del sitio en que se hallaba sentado mi compañero de reclusión, quien, indiferente a mi presencia, proseguía la lectura. Traté de leer el título de la obra y vi que en la cubierta del libro ponía : « El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha ». Era una edición impresa en grandes caracteres.

Aunque engolfado en la lectura, aquel hombre se notaba que se hallaba en un estado de tensión nerviosa; se debatía, al parecer, en una lucha interior, moviéndose con brusquedad, interrumpiendo la lectura para mesarse el cabello con semblante airado.

Iba oscureciendo por momentos, la lluvia se desencadenaba en aguacero; truenos y relámpagos presagiaban una noche tormentosa. Mi compañero se acercaba a los ojos las páginas del libro. Mas, se notaba que no podía ya leer bien por falta de luz. Cerró con fuerza el volumen al tiempo que decía :

— ¡Maldito tiempo! ¡Ya no es posible leer más!

— En efecto — dije — con la tormenta se deja notar la ascuridad.

— Bueno, ¿y tú quién eres? — me preguntó.

Le di pormenores acerca de mi vida, de mis ideas; de la campaña que tenía desarrollada en contra del régimen. Francamente, aquel hombre con el que tan sólo había cruzado unas palabras, me inspiraba la mayor confianza. Al saber, por mi relato, que yo era contrario a la Falange, noté que ponía en mí una cierta simpatía, sin que dejara de notársele un aire hosco y hondamente preocupado.

Tenía encima del jergón el grueso volumen que había estado leyendo. Lo tomó con ambas manos y mostrándomelo dijo así :

— ¿Ves este libro? Es la obra más grande que han producido los hombres.

— Sí, en efecto, es muy interesante — repuse — también yo lo he leído.

— Leerlo y releerlo lo he hecho infinitas veces. Pero hay algo que tú ignoras : ¡Yo soy un discípulo de Don Quijote!

— ¿Usted? — dije, un tanto cohibido por el aire decidido, por la extraña expresión de energía que había en aquel hombre.

— ¡Sí, yo! — dijo levantándose y dándose una fuerte palmada sobre el pecho.

Sin mirarme, apretando el libro con las dos manos, iba a grandes zancadas de uno al otro extremo del aposento al tiempo que decía :

— Yo he combatido, como Don Quijote, los entuertos, los desaguisados de gentes fementidas que abusan de la riqueza que poseen; que abusan de ejercer el poder. He desenmascarado la falta de piedad de gentes que se llaman representantes de un dios todo bondad. Como Don Quijote, he batallado y he dicho la verdad a gritos, para que me oyeran hasta los sordos.

Hizo una pausa y prosiguió :

— ¡Han robado mi hacienda! ¡Han pretendido humillarme! ¡Han querido verme sumiso a sus pies! ¡Lo juro por mi maestro Don Quijote! ¡Antes muerto que rendido por la miseria, por la impotencia! ¡Hallarán mi cadáver, pero no habrán vencido mi voluntad! — concluyó, presa de extrema agitación.

Apretaba contra su pecho el volumen. Noté que sacaba del bolsillo interior de la chaqueta una navaja. Abrióla, ayudándose de los dientes.

Adivinando algo insólito, me levanté y avancé hacia él:

— ¡Qué va usted a hacer! ¿Qué barbaridad pretende realizar? — dije.

— ¡Aparta, muchacho! — gritó con voz airada — ¡No pretendas impedir lo que ha de ser! ¡Quiero quitarme la vida antes que esos bellacos venzan en mí la parte débil que hay en todo hombre! Tú eres joven : aprende cómo muere un Quijote.

Habíase acentuado la oscuridad. Arrecriaba la tormenta. Aquel hombre, con gesto decidido, apoyado de espaldas a la pared, apretaba con la izquierda contra el pecho el ejemplar del Quijote. Con la derecha empuñaba la navaja y se seccionaba la yugular.

Inmóvil, mudo de terror, al resplandor de los relámpagos que permitían penetraran por la reja breves ráfagas de luz, pude observar el suicidio de aquel hombre. Dominando el dolor, de vez en cuando emitía como un ahogado grito gutural. La sangre, que bañaba su mano, le resbalaba por el cuello enrojeciéndole la camisa y el chaleco.

La navaja debió penetrar hondo, venciendo la resistencia de los nervios. Cayó el libro; la navaja, llena de sangre, se desprendió de la mano del suicida, quien, súbito de sangre, se desplomó, emitiendo un alarido de dolor al caer al suelo.

Quedé anonadado. No sabía qué hacer. Corrí a la puerta, golpeándola a puñetazos como un loco. Evidentemente, el furor de la tormenta ahogaba mis golpes y los gritos que di pidiendo que abrieran.

¿Era un loco, era cuerdo aquel hombre que ante mí se había suicidado? ¡Nunca olvidaré aquella trágica noche de tormenta! »

Calló nuestro amigo Félix, y los demás quedamos silenciosos. Proseguía la tempestad. En el ánimo de todos parecía repercutir la tragedia de aquel infeliz Quijote, que prefirió quitarse la vida antes que soportar la humillación por parte del adversario.

En el silencio de la noche, atenuada por el fragor del aguacero, se oía la voz de los centinelas de la cárcel : « ¡Centinela alerta! » Y una voz más lejana respondía : « ¡Alerta! » Y al poco otra más lejos : « ¡Alerta está ! »

FONTAURA

VIDA DE «CENIT»

A ver si se oye esta voz: CENIT, que con este número entra en el noveno año de su existencia, ha de ver multiplicada su divulgación.

CENIT es la Gota libertaria que perfora la montaña del fascismo;

Es el Arma que mejor combate al monstruo de la autoridad arbitraia, visible e invisible, de cada uno;

Es la Antorcha que más alumbra en esta noche de oscurantismo en la que todavía vive la humanidad;

ES LA REBELDIA AL ALCANCE DE TODO.

CENIT es también testimonio de una época; es vehículo de ideas y de inquietudes.

CENIT es una bandera, LA BANDERA DE LA DIGNIDAD, izada.

Que cada lector se haga cargo de la misión que cumple; que sepa que la revista y él no son más que un mismo cuerpo y que, como tal, ha de interesarse por su vida.

Que no se olvide que CENIT ha de divulgar.

Cada lector, cada suscriptor, ha de encontrar otro lector y otro suscriptor más para la revista.

Si se consigue, habremos asegurado nuestro servicio gratuito a los inválidos, ancianos y hospitalizados, para el cual hemos abierto una suscripción cuya cuarta lista es la siguiente:

BENET Juan	80 frs.
NAVARRO Francisco	100 »
PUIG de Montauban	222 »
FERNANDEZ A. de Canton	7.800 »

pensadores de esa limosna, recaudadores supremos de los intereses universales, formarán un estado mayor, pasablemente rentado, que, al levantarse por la mañana, se dignará satisfacer el apetito público, y si duerme más que de costumbre, dejará a 36 millones de hombres sin desayuno... El socialismo es una especulación abstracta, como la administración actual es una especulación abstracta; el pueblo que no comprende ésta, no comprende tampoco aquella; ahora bien; el pueblo no adopta nunca libremente lo que no comprende... Si no vemos inconveniente en que aquéllos que quieren iglesias, templos o sinagogas y en terrenos que les pertenezcan propiamente, no veo qué inconvenientes se pueden encontrar en que los que quieren conventos, faldosterios o palacios los hagan construir a sus expensas... en terrenos (que les pertenezcan)... Pero lo que encierra al menos tanta bufonería como extravagancia, es la determinación tomada por una miriada de sistemas de intentar campañas políticas; y sus pretensiones respectivas de hacer contribuir a toda la nación a los gastos de su establecimiento y a la inauguración de su autoridad o título público nacional... »

... « Así, todo se modifica sin destruirse, y el espíritu humano no acepta más que aquello para lo que está preparado. Todos los días se abre a nuevos intereses, a los cuales se acomoda sin choques. Después de un período de tiempo, la reunión de los intereses nuevos provoca una institución nueva que llegada en bloc anteriormente, habría sorprendido y lesionado a cada uno, pero que, llegada en el orden providencial de sucesión no ha lesionado a nadie y ha satisfecho a todo el mundo... »

... « Cuando el pueblo haya comprendido bien la posición que le es reservada en esas saturnales que paga, cuando se haya dado cuenta del rol innoble y estúpido que se le ha hecho desempeñar, sabrá que la revolución armada es una herejía desde el punto de vista de los principios; sabrá que la violencia es el antipoda del derecho; y una vez fijado sobre la moralidad y las tendencias de los países violentos, sean gubernamentales o revolucionarios, hará su revolución propia, por la fuerza única del derecho; la fuerza de la inercia, la negativa de su concurso. En la negativa del concurso se encuentra la abrogación de las leyes sobre el asesinato legal y la proclamación de la igualdad... Esta revolución que será francesa y no sólo parisiense, arrancará Francia a París para llevarla a la municipalidad; entonces, y solamente entonces, será un hecho la soberanía nacional, porque estará fundada sobre la soberanía de la comuna... »

El folleto termina : « Ahora bien, es preciso, de toda necesidad, o que el gobierno devore al país, o que el país absorba al gobierno ».

En el « Anti-Conseller » (enero de 1850) se dice al respecto de esta publicación : « La cuestión de la supresión del gobierno, ro-

V

P. J. Proudhon fué el primer socialista, después de Babeuf, que hizo temblar a la burguesía, que pudo matar a este último, pero que no pudo sofocar la voz de Proudhon, bien que le deparase una vida de aislado y de perseguido, Proudhon (1808-1865), de origen campesino del Franco-Condado, antiguo obrero tipógrafo, fué considerado el socialista más peligroso, porque no trataba de construir un nuevo mundo con todas las piezas comenzando por esfuerzos diminutos derrochados al margen de la sociedad, como no creía tampoco en esfuerzos violentos que a lo sumo podían destruir, pero que no ofrecían ninguna garantía de reconstrucción. — él trataba de destruir el sistema burgués y con ese sistema el Estado por una vida muy distinta, poco más o menos ésta : deseaba cambiar las instituciones en pleno París, a la luz del día, por una acción inteligente y consciente que retiraría al sistema actual el soporte, forzado por la miseria, es verdad, pero sin embargo más voluntario y rutinario de lo que se creería, de los brazos y del cerebro de los que no poseen.

Penetró lo odioso, lo insidioso, pero también lo débil y lo ficticio de las fortificaciones que rodean la propiedad usurpada y monopolizada, ante todo por el Estado. No deseaba conquistar esas fortificaciones, el sueño de los socialistas autoritarios, que quieren ser dictadores y amos a la vez. ¿Qué habría hecho él, Proudhon con el Estado? Procuraba al contrario hacerlas inútiles, anacrónicas, como la más bella fortaleza puede hacerse insostenible cuando la lucha es dirigida en otro terreno. Ese terreno Proudhon lo buscó durante los 25 años de su vida literaria intensa.

En lugar de la conquista de los autoritarios, de la destrucción de los rebeldes libertarios, preconizó la liquidación del monopolio y de sus apoyos. Si el pueblo organizara sus asuntos por sí mismo, por una acción directa de contratos mutuos de cambio recíproco de crédito basado en su trabajo, el capital y el Estado, capitalistas, funcionarios, ejércitos, sacerdotes, etc., quedarían paralizados como engranajes inútiles, royéndose las uñas, muriendo de hambre o poniéndose a trabajar y a producir como los demás. En una palabra, su comercio, la explotación y la dominación, sería abandonado por los clientes, víctimas durante tanto tiempo, trabajadores y contribuyentes, y haría bancarrota, sería liquidado como no importa qué empresa que no corresponde a ninguna necesidad seria y no halla más clientes.

Tal me parece ser la idea fundamental de Proudhon, que es el fondo de toda su acción. No es que haya hallado ese medio maravilloso para quitar la clientela a esas explotaciones monstruosas y al mismo tiempo inútiles y absurdas, al monopolio y al Estado, pero ha pasado una vida pensando en la investigación de ese medio, y ese fué ya un gran crimen a los ojos de los burgueses. Ese temor

insistivo del enemigo ¿es quizás un síntoma preciso para el pueblo de que Proudhon había dado con la parte débil de la defensa burguesa? Esa defensa no tenía entonces un asalto directo y se ocupó poco de algunos que soñaban con el porvenir y se aislaban, pero tuvo miedo de que hombres como Proudhon hallaran el medio de cortar los viveres, el agua o de desviarla.

Es preciso también recordarse que estamos aún en 1840, cuando ninguna organización sindical pública, ni el sufragio universal existen aún y la propaganda popular es muy restringida. En esa época se era socialista o no se era: no se conocían los indecisos y poco desarrollados que votan en las elecciones, que pertenecen al sindicato, pero que no están penetrados por la idea como los militantes.

Proudhon, salvo en sus últimos escritos, no veía esa masa. Sería curioso examinar la aplicación de sus ideas a todo ese conjunto que se ha destacado ya vagamente en nuestros días del sistema burgués, que se cree socialista, pero que no sabe hacer gran cosa más que votar, pertenecer al sindicato, comprar el periódico y participar en las luchas locales contra el patronato. ¿Qué diría Proudhon a esa masa, que ideas no le habría sugerido esa abundancia de fuerzas latentes, un poco demasado latentes quizás?

Ah, si el pueblo quisiera solamente — aún sin un nuevo Proudhon — ¿de qué elección de medios no dispone ya?, y esa liquidación soñada por Proudhon no sería uno de los menos expeditivos. Una huelga general paralizaría la organización de la producción y, más aún, una ocupación de las fábricas y de los medios de transportes apartaría a los capitalistas, como rodajes inútiles: un antimilitarismo serio que comenzara por la negativa a producir armas, todo eso puesto en práctica con habilidad y una casi unanimidad, produciría las liquidaciones, los colapsos y debacles del monopolio usurpador y parasitario, de manera que no habría necesidad ni de conquistar ni de destruir: el pueblo no tiene más que quedar donde está, es decir en la posesión virtual de todos los instrumentos de producción y materiales, etc., que él, y no el capitalista, mantiene y hace útiles y preciosos desde la mañana a la noche; al capitalista entonces no le queda más que irse o trabajar como los demás. Se han visto fracasos en Europa bastantes sistemas políticos desde 1917, en muy poco tiempo, sin defensa seria. Quizás todo este sistema capitalista se derrumbará así algún día. Me parece pues que el método de Proudhon de buscar tales posibilidades, no sus soluciones individuales, es todavía bueno y se volverá a poner a la orden del día.

En su tiempo Proudhon permanece aislado porque todos los demás militantes eran autoritarios, ávidos antes de 1848 de imponer su doctrina, y en 1848 de conquistar el poder. Los años 1848 a 1851 no han visto un solo día de verdadera libertad colectiva, sino una

... « La revolución de febrero, como la de 1830, no ha girado más que en provecho de algunos hombres, porque esa revolución, como la de 1830, no ha abolido más que nombres propios. Entonces, como hoy, la máquina gubernamental conservó, como conserva, los mismos engranajes, y no veo que haya cambiado más que la mano que hace girar la manivela... » ¿Qué es lo que se opone de hecho al establecimiento de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad entre nosotros? La ambición, es decir, el deseo de dominar, de gobernar al pueblo. ¿Dónde reside la ambición? En los partidos, es decir, en aquellos que desean dominar, gobernar al pueblo... ¿Cómo puede imponerse un partido? Apoderándose de la administración. Ahora bien, ¿qué es la administración? La administración es algo que no sé expresar, indefinido, ilógico, abstracto, contradictorio, obscuro, incomprensible, arbitrario, absurdo, monstruoso... Suprimid la administración, ahogad al monstruo, derribad al militar, demolid la fortaleza, ¿qué queda? Las doctrinas ¡nada más! ¡Las doctrinas individuales que no tienen medio alguno para imponerse! Doctrinas aisladas, tímidas, confusas que veréis correr sofocadas, para encontrar protección y garantía en el seno de la gran doctrina humana: la equidad.

Estranguemos ese dragón entrado de garras que los nacionales (los hombres del National) quieren amansar en provecho del señor de Cavaignac, para que nos muera.

Que los socialistas quieren amansar en beneficio del señor Proudhon, para que nos muera... (lo mismo los orleanistas, los imperialistas y los legitimistas...). Dispersemos las uñas del animal en las municipalidades; guardemoslas con cuidado para que no se las pueda reunir, en cuerpo, y la discordia huye con su causa única; no habrá ya en Francia más que hombres libres, que tienen hacia el derecho de los demás el respeto debido a su propio derecho, y que se abrazan en la fraternal ambición de concurrir al bienestar común...

« En lugar de tener el derecho pueril y fútil de elegir nuestros amos, como el que acaba de sernos permitido (el sufragio universal de 1848), elegiremos delegados que, a su vez, en lugar de inspirarse en el derecho administrativo... se inspirarán en el derecho nacional cuya definición será precisada por los hechos. De él saldrá una administración simple, y, por consiguiente, comprensible; verdadera, y por consiguiente, justa... »

Lo que había entonces de socialismo, desde las escuelas de Fourier, Pierre Leroux, Proudhon a Luis Blanc y Cadei, le parece « un sistema filosófico muy oscuro, muy complicado, extraordinariamente embrollado... » « El socialismo, según lo que es posible percibir en el conjunto de sus proposiciones, quiere hacer de la sociedad una inmensa colmena en la que cada alveolo recibirá un ciudadano no que se comprometerá a quedar oculto y a esperar pacientemente que se le haga la limosna de su propio dinero. Los grandes dis-

versión interesante con un viejo americano que le explicó muchas cosas de una manera elocuente e inteligente (éste habría sido el presidente Polk mismo); « desde ese día nuestro antiguo discípulo se ha convertido a la fe republicana ».

Fué en efecto afectado por el *mínimo* de gobierno de los Estados Unidos de entonces y por la ausencia de sentimiento por la reducción de las relaciones entre los hombres a transacciones comerciales pura y simplemente. El primer hecho ha debido tocar a la cuerda libertaria latente de su espíritu, pero la aceptación de lo segundo me parece testimoniar un corazón bastante seco. Josiah Warren mismo, reduciendo los derechos sociales al cambio mutuo, tenía la más grande preocupación porque fuese un cambio equitativo, es decir igual en lo posible. Bellegarrigue parece aceptar que cada uno haga la transacción más ventajosa que sepa imponer a los demás. Es *antiestatista* en el más alto grado, pero no es ni socialista ni mutualista.

Ha debido ver aún, al lado de la joven libertad de los distritos apenas desmontados y casi autónomos del oeste, una vieja sociedad ociosa y corrompida, la de los plantadores esclavistas de la Luisiana. Por casualidad ese Estado fué visitado algunos años más tarde por otros dos anarquistas franceses, hombres éstos de corazón, Elisée Reclus y Joseph Dejacque. Conocemos sus impresiones dolorosas por las cartas de Reclus y los artículos de Dejacque; Bellegarrigue no cierra los ojos sobre la corrupción, pero subordina también la cuestión de la esclavitud de los negros a su razonamiento individualista que entonces se transforma en un sofisma: « Es posible, respondió el abolicionista, que hombres que prefieren la servidumbre a la libertad gocen de su buen sentido. Lo que no es posible, dice el señor de Camembrac (que representa las ideas del autor), lo que no es posible es que un hombre sea libre desde el momento en que se le quita la facultad de serlo ».

Estas líneas son sacadas de un libro perdido: « Souvenir d'Amérique. Le baron de Camembrac en tournée sur le Mississipi », del cual sólo fueron publicados algunos capítulos en las revistas de París en 1851 y 1854. Otras impresiones del autor son resumidas en « Les Femmes d'Amérique », artículos de revista (1851) y mejor redactadas en un librito, París, 1853, 96 págs. 16.º.

Encuentro a Bellegarrigue (al lado de Baudelaire, impreso Baudelaire) en una larga lista de personas inscriptas en el club Blanqui (Société republicaine centrale), París, abierto el 20 de febrero de 1848; fuera de eso no quedan, que yo sepa, rastros de él hasta poco después de las jornadas de junio, cuando apareció el folleto en 32.º: *Au fait, au fait! Interpretation de l'idée démocratique*, por Bellegarrigue, impreso y publicado en Toulouse, 1848, 84 págs. He aquí algunos extractos:

lucha continua que iba de la ambición y de la intriga a la masacre y al golpe de Estado, junio de 1848 y diciembre de 1851. En ese torbellino desenfrenado sólo Proudhon, por decirlo así, conserva su tranquilidad y posee una maravillosa concepción del conjunto. Día a día descubre las tramas que se preparan y muestra las vías que indica el buen sentido; se le admira mucho, pero nadie sigue sus consejos. Las *Confessions d'un Revolutionnaire* (1849), disecan los acontecimientos de febrero de 1848 al 13 de junio de 1849. Es un volumen único en su género que importa estudiar a la luz de lo que vemos acontecer desde 1917; no comprendemos mejor hoy muchas cosas que antes. Fué recomendado por Bakunin a sus camaradas después de los acontecimientos de 1870-71 y de la Comuna; James Guillaume hizo un resumen razonado que al mismo tiempo discute a Proudhon desde el punto de vista de las ideas colectivistas de la Internacional. Este resumen no existe más que en una traducción rusa, *La Anarquía según Proudhon* (1874), libro excesivamente raro. Arnold Ruge hizo una traducción alemana de él hacia 1849 que fué recientemente reimpresa en Berlín (1923). Como complemento de ese libro se lee el *Prologue d'une Revolution. Fevrier-juin 1848*, por Louis Ménard (1849), en las oficinas del *Peuple*, el periódico de Proudhon, 316 págs.), reimpreso en los « Cahiers de la Quinzaine » de Peguy.

El detalle de las ideas de Proudhon es un asunto aparte que exige años de estudios intensos, antes de que se llegue completamente a dar un resumen de ellas, verdaderamente preciso. Sus ideas sufrieron una refundición continua; durante veinticinco años observó y procuró siempre mejorarlas. Se encuentran desde hace algunos años una elección de los mejores pasajes en muchos números del *Reveil* de Ginebra.

Escuchemos dos palabras sacadas de su obra inmensa:

« La revolución, en el siglo diez y nueve, tiene un doble objeto:

1. En el orden económico persigue la subordinación completa del capital al trabajo, la identificación del trabajador y del capitalista, por la democratización del crédito, la aniquilación del interés, la reducción del cambio, igual y verídico, de todas las transacciones que tienen por objeto los instrumentos de trabajo y los productos...
2. En el orden político, la revolución tiene por objeto absorber el Estado en la sociedad, es decir proceder a la cesación de toda autoridad, y a la supresión de todo aparato gubernamental, por la abolición del impuesto, la simplificación administrativa, la centralización separada de cada una de las categorías funcionales, en otros términos, la organización del sufragio universal. (Sería demasiado largo explicar como emplea Proudhon estos términos: su terminología de 1849 difiere de la de nuestros días). Desde este punto de vista aún decimos que no hay más que dos partidos en Francia: el partido de la libertad y el partido gubernamental (como para el

orden económico había dicho: «el partido del trabajo y el partido del capital»).

¿Cuál es la conclusión superior y definitiva que damos a la revolución?

Es que el trabajo y la libertad, lo mismo que el capital y el gobierno, son semejantes entre sí y homólogos: de suerte que en lugar de cuatro partidos... no hay realmente más que dos: el partido del trabajo o el de la libertad y el partido del capital o del gobierno. Y es que esas dos proposiciones: abolición de la explotación del hombre por el hombre, y abolición del gobierno del hombre por el hombre, son una sola y misma proposición: es en fin que la idea revolucionaria, a pesar del dualismo de su fórmula, es una e indivisible, como la república misma: el sufrágio universal que implica negación de la preponderancia del capital e igualdad de fortunas, como la igualdad de las fortunas y la supresión del interés implican negación del gobierno...

Ve en las notas que siguen que al contrario entonces (como con frecuencia hoy) los trabajadores se inclinan «hacia la conservación de la autoridad: es siempre el viejo instinto monárquico el que bajo la forma de dictadura, convención, etcétera, ilusiona al pueblo», mientras que la burguesía «antipática en todos los tiempos al poder», se inclina... «a la perpetuación de la explotación capitalista y proletaria».

«De suerte que nosotros, que... perseguimos igualmente y simultáneamente la abolición del capital y del Estado, aun cuando deberíamos asociar todas las opiniones, nos encontramos en contradicción con alguna de ellas, reprochados y combatidos por todos aquellos de quienes servimos la causa»...

De sus numerosos escritos se podría consultar sobre todo: *¿Qué es la propiedad? o investigación sobre el principio del derecho y del gobierno*. Primera memoria (1840) y las otras dos Memorias (1841-42); *De la creación del orden en la humanidad o principios de organización política* (1843); *Sistema de las contradicciones económicas, o filosofía de la miseria* (1846); *Organización del crédito y de la circulación...* (1848); el discurso del 31 de julio de 1848 en la Asamblea nacional contra Thiers; *Banco del pueblo*. Declaración. Acta de sociedad (febrero de 1849); *Ideas revolucionarias* (1849), en segunda edición; *Idea general de la revolución en el siglo XIX* (1851); *Las conferencias de un revolucionario* (1849); *Gratuidad del crédito* (discusión con el economista burgués F. Bastiat, (1850); *La revolución social demostrada por el golpe de Estado del 2 de diciembre* (1852); *Filosofía del progreso* (Bruselas, 1853); *De la justicia en la revolución y en la Iglesia* (París, abril 1858, 3 vol.; edición ampliada, Bruselas, 1860-61, doce partes); *Del principio federativo y de la necesidad de reconstruir el partido de la revolución* (1863); *De la capacidad política de las clases obreras* (1865), postuma).

VII

En el *Anti-Conseiller* de enero de 1850 — revista creada como refulcación del *Conseiller* del señor Lamartine, aquel que fué llamado casi en el mismo momento por Bakunin «la más grande frase del siglo» (carta a Reichel del 9 de diciembre de 1849) — leemos:

«Tengo un amigo que ha regresado hace poco de las solitudes del Nuevo Mundo. Es un hombre de espíritu alto y libre, tan libre que hasta sabe serlo en medio de la servidumbre de nuestro país. Bellegarrigue — es su nombre — desembarcó en Francia el 23 de febrero (1848); el 24 llegó a París. A la entrada del Hotel-de-Ville, encontró un joven obrero, de rostro hermoso, de aspecto bravo e inteligente y con el labio manchado de plvora, que montaba la guardia en la fachada exterior. Conversaron. El obrero habló radiante y con embriaguez de la victoria del pueblo: ¡Ah! esta vez, al menos, gritó, no se nos escamoteará el triunfo.

— ¿Qué?, amigo mío, — dijo con una melancólica sonrisa el salvaje del Nuevo Mundo, francés sin embargo, como vosotros y como yo, — ¿ya se hizo?

— ¡Ya se hizo!... ¿Como es eso?

— ¿No acabáis de formar un gobierno?

Al día siguiente el gobierno tronó en el Hotel de Ville; al día siguiente, los tambores requerían la alarma; al día siguiente los partidos, desaparecidos todo un día, reaparecieron. La revolución había sido el orden, la calma, la seguridad, la embriaguez y el triunfo universal. El gobierno comenzaba la guerra civil.

Un poco más tarde el desorden llegaba al colmo. La Constitución fué hecha y Cavallignac la inscribió a batazos en los frontones de los monumentos y en los pechos de los ciudadanos, a través de los sangrientos respaldadores del incendio (jornadas de junio de 1848). Mi amigo Bellegarrigue, retirado en las provincias, escribió entonces algunas páginas que nadie tuvo tiempo de leer todavía, pero que es tiempo de leer hoy...

Ignoro el origen de Anselmo Bellegarrigue, que ha debido ser criado en el sudoeste de Francia; debió nacer entre 1820 y 1825 y frecuentó el liceo de la ciudad de Auch. Todos los amigos que se le conocen son de esa región, de Agen, etc.. Es cierto que pasó al menos el año 1847 en los Estados Unidos; fué a Boston, a Nueva York, bajó por el Mississippi, fué a la Nueva Orleans y también a las Antillas. Se escribe de él en 1850 en ocasión del viaje sobre el Mississippi: «Nuestro amigo veían aún el mundo a través del prisma que las escuelas realistas colocan entre la inteligencia de los ciudadanos y los hechos históricos»; parece que tuvo una con-

Esta lista no agota de ningún modo los libros y folletos, sin contar los libros sacados de sus manuscritos después de su muerte. Y lo vemos además en la obra en los periódicos de 1848-49: *Le Représentant du Peuple*, *Le Peuple* y *La Voix du Peuple*, y en la intimidad en una enorme correspondencia de las más instructivas, los 14 volúmenes aparecidos a partir de 1875 y una cantidad de otras cartas publicadas en algunos lugares desde entonces.

Entre Proudhon y los socialistas autoritarios de todos los matices no hubo nunca tregua. Aparte de los socialistas franceses y de los republicanos jacobinos, semi-socialistas, semi-burgueses como Deleuze, vemos a Carlos Marx entrar en liza desde temprano. El y Engels habían demolido ya a Max Stirner con un libro inédito entonces. Proudhon penetró bastante el carácter de Marx, como se ve por su carta a Marx del 17 de marzo de 1846. Marx acecha la ocasión para lanzarse contra él y hace eso con el libro *La miseria de la filosofía* (Bruselas 1847) y vierte su hiel contra Proudhon en un artículo necrológico de 1865. Es bien triste que Proudhon muriese justamente en el momento en que el movimiento obrero de los últimos años del segundo Imperio comienza y cuando la Internacional han conocido tan bien veinte años antes en París, habría impreso su sello a esa época: muerto Proudhon, sus ideas fueron insuficientemente representadas y pronto quedaron postergadas.

Proudhon no carecía de amigos, pero fueron moderados, sobre todo admiradores de su talento; George Ducheñe, yo creo, pasa por el más avanzado. Sus planes de Banco del pueblo (cambio igual) fueron frustrados por las conmociones de 1848-49. El mismo fué encarcelado por tres años (1849-52), después en lucha con la -censura imperial, se refugió en Bélgica y, por haber protestado contra el nacionalismo italiano y polaco, expulsado por las demostraciones llamadas populares de Bélgica; luego se vuelve a desterrar por decirlo así, entrando directamente en París, donde una muerte prematura lo lleva poco después cuando un movimiento obrero, que le interesaba mucho acababa de reconstruirse. Volvió a ver a Bakunin en el otoño de 1864.

En esa época sus ideas atenuadas expresadas por federalismo y mutualismo eran aceptadas por muchos obreros inteligentes de París, entre otros por los fundadores parisienses de la Internacional. Toutain y su grupo. Pero sus ideas completas y profundizadas fascinaban a un número de estudiantes y de jóvenes escritores revolucionarios y ateos, que luchaban con hermoso verbo contra el Imperio. El mismo Paul Lafargue fué proudhoniano, entonces, lo mismo que Charles Longuet. El proudhonismo avanzado tuvo sin embargo en Bélgica su más bello florecimiento, donde un grupo de jóvenes socialistas muy instruidos que en parte habían conocido también a Proudhon en persona, imprimían sus ideas a las primeras secciones

riódico *Berliner Abendpost* en 1850 preconizó un antiestatismo individualista, no socialista, que se acerca a las ideas que Bellegarrigue propuso en la *Civilisation* de Tolosa.

En Francia el fracaso del parlamentarismo, de las asambleas de 1848 a 1851 — ni el sufragio universal, ni el talento individual de tantos hombres de gran renombre intelectual elegidos, ni la iniciativa tomada el 13 de junio de 1849 habían podido detener la marcha de la reacción —, esa situación que la mayoría aceptó con fatalismo y que encontró su fin lógico el 2 de diciembre de 1851, fué para algunos hombres más honestos un impulso para buscar un remedio en el *selfgovernment* (descentralización) y en la legislación directa (referendum). Fueron sobre todo Victor Considérant, el fourierista (*La Solution ou le Gouvernement direct du peuple*; la cuarta edición es de marzo de 1851), de Rittinghausen (alemán), *La Legislation directe par le peuple ou la véritable démocratie* (Librería parlamentaria, diciembre de 1850), y aún Ledru-Rollin (*Plus de Président, plus de Représentants*, París, 1851, extracto de la *Voix du Proscrit*, y *Le Gouvernement direct du peuple*, ídem).

Se sabe bien que esas ideas, realizadas desde hace largo tiempo en Suiza, no llevan golpe alguno a la autoridad, pero era preciso mencionárselas entre los esfuerzos que en su principio estaban inspirados por una repulsión de la incompetencia y del carácter nocivo de los modos corrientes de gobierno. De la constitución de 1793 al sovietismo se advierte un esfuerzo por hacer un poco mejor que por las vías convenientes. Una autoridad puesta en discusión cesa ya de ser verdaderamente reconocida. Así, el parlamentarismo estaba verdaderamente en la base entonces, aún en Inglaterra, donde vemos a un autor moderado y que tanteaba cuidadosamente el pulso de la opinión pública, Carlos Dickens, entregarse de 1855 a 57 en su novela *Little Dorrit* a arrebatos sangrientos contra el Estado y los funcionarios («oficina de circunlocución») que constituyen un sacrilegio para el lector bien pensado y una delicia para el lector anárquico. Pero se sabe que ese período de 1851 a 1851 en que se ha habituado uno casi a vivir sin guerra, a preferir un mínimo a un máximo de gobierno, a cooperar entre pueblos (hubo los tres congresos internacionales de la paz, en París, Bruselas, 1848, en París en 1849 y en Francfort en 1850 y la primera exposición internacional de Londres, en 1851); se sabe que ese período, ya ensangrentado por las masacres de junio de 1848, la represión de las insurrecciones en Alemania, Austria, Hungría, Italia, etc., en 1848 y 1849, se terminó definitivamente el 2 de diciembre de 1851, época en que iba a comenzar la era de la autoridad triunfante y de las guerras nacionales. Ese período puso fin a la discusión pública, hizo retroceder de nuevo al socialismo y aplastó los débiles gérmenes de la anarquía apenas naciente.

Solo gentes aisladas se han hecho oír entonces, de las cuales hablaremos en el capítulo siguiente.

de la Internacional y al movimiento que florecía entonces de la juventud socialista de las universidades; el congreso de Lieja (1884) fué una demostración revolucionaria, libertaria y atea de las más memorables. César De Paepe fué entonces el tipo de los proudhonianos de la Internacional. Ese proudhonismo revolucionario al cual se añade también un positivismo comprendido revolucionariamente en algunos, fué reemplazado en 1885-89 por el colectivismo de la Internacional; la idea de solidaridad diariamente practicada en las secciones hizo adoptar por base de toda sociedad socialista la propiedad colectiva del suelo y de los instrumentos de trabajo; las ideas estrictamente proudhonianas sufrieron entonces un eclipse.

Lo mismo sucedió en París donde el mutualismo frío y anodino de Toulain, un proudhonismo sin la sombra del espíritu de Proudhon, era impotente al comienzo frente al blanquismo muy revolucionario en aquel período y que hizo también una franca propaganda materialista y atea, luego, frente al colectivismo y al sindicalismo revolucionario de internacionalistas como Varlin, que mantenían relaciones con los juristas de la Internacional en Suiza y también, indirectamente, con Bakunin. Había proudhonianos independientes, sobre todo Vermorel que redactaba el *Courrier Français*, y la influencia literaria de Proudhon sobre los intelectuales fué grande, pero el pueblo no supo qué hacer con las ideas a quienes faltaba Proudhon mismo que habría podido darles una nueva forma, un nuevo contenido, de verdadera actualidad. Porque todos sentían acercarse el fin del Imperio y entre los socialistas y los aspirantes a la sucesión fueron los blanquistas dictatoriales y los internacionalistas y federalistas — la futura mayoría y minoría de la Comuna.

Los epígonos proudhonianos se extinguieron entonces como partido o como grupo avanzado; Toulain se encuentra en la Asamblea de Versalles, Chaudé, el tipo del proudhoniano burgués, es fusilado entre los rehenes por orden del blanquista Raoul Rigault. Otro viejo proudhoniano burgués, Charles Beslay, es miembro de la Comuna, pero es el que salva la Banca de Francia y a quien en recompensa se le deja marchar a Suiza. Pero no olvidemos tampoco un número de proudhonianos independientes que supieron obrar mejor, Jules Vallés, Eugene Vernetzsch (del Perte Duchesne) y el pobre Vermorel, herido mortalmente en los últimos días de la Comuna. Más tarde hubo algunos escritores aislados que repitieron lo que había dicho Proudhon, pero que no supieron hacerlo renacer al continuarlo. El hombre tal vez que creció más independientemente en ese medio fué E. Laverdais (1835-1890), el autor de las *Assemblées parlementaires* (1883) y de otros libros notables; no sé si el gran periódico *Le Proudhon* de que fué redactor en jefe, apareció verdaderamente; tengo más que el número de prueba del 12 de abril de 1884.

múltiples publicaciones proudhonianas ortodoxas. Los anarquistas individualistas reconocieron a Proudhon sin profundizarlo.

El socialista anarquista más reflexivo y mejor instruido que ha producido la Alemania moderna, Gustav Landauer, asesinado en Munich en 1919, fué encantado por la riqueza de ideas de Proudhon y sabía tomar de él y dejar, no se apejó a la letra de Proudhon, como muchos de sus discípulos estrechos. Es Landauer el que, profundamente penetrado tanto de la anarquía como del socialismo solidaria, habría sabido hacernos renacer lo que vive aún y vivirá siempre en Proudhon, si su vida no hubiera sido cortada de una manera tan abominable.

Proudhon atrajo también la atención de muchos franceses modernos, al menos en los años que preceden a la guerra. Algunos lo han querido acaparar un socialismo exclusivamente francés que se aproxima al nacionalismo; lo que conozco de los *Cahiers du Cercle Proudhon* (1912), parece salir de ese medio; por otra parte, por el discurso del ministro, en ocasión de la inauguración de su estatua en Besançon, es colocado entre las glorias nacionales adquiridas, es decir, entre los hombres a quienes el Estado se agrega para aumentar su propia gloria y cuyas ideas se pretende que están bien muertas, perdonadas en lo sucesivo y hechas respetables y sin consecuencia. El hombre que arroje a todas esas moscas de muladar y restablezca al verdadero Proudhon no sé ha encontrado aún: será por lo demás uno de los trabajos más difíciles.

En la Alemania de los últimos años de antes de 1848 y durante los años de revolución y los primeros tiempos después — sea por Proudhon, sea por Stirner, sea también por Bakunin, en todas partes comprendían perfectamente la anarquía y veían en ella la forma política y social más ideal y más deseable, aunque lejana aún. Arnold Ruge, amigo de Bakunin, en su folleto sobre la *Fundación de la democracia en Alemania* (1849) imagina una alianza de la democracia de extrema izquierda y de la anarquía. Richard Wagner otro amigo de Bakunin, en *El arte y la revolución* (1849) y en *La Obra de arte y el porvenir* (1850) muestra que comprende el comunismo anarquista y que entonces, en su primera época de desierro, se siente atraído hacia ese ideal. C. Vogt, el naturalista materialista, en sus *Investigaciones sobre los Estados animales* (enero de 1850), canta un verdadero himno a la anarquía que Bakunin se complace, veinte años más tarde, en copiar en uno de sus manuscritos inéditos. Edgar Bauer, del grupo de Stirner, parece querer volver a la carga contra el Estado en la pequeña revista *Los partidos*, publicada en Hamburgo en los primeros meses de 1849; (apareció en ella también en 1852 "*¿Anarquía o autoridad?*", por W. Marr). Un periódico, *El Criticon*, publicado entonces en Cassel, parece que publicó artículos del doctor Bayrthoffer que trazan un sistema anarquista, y el pe-

ganda alguna alrededor de Stirner. Se hizo realmente popular en Alemania por otra reimpresión en una serie que fué entonces muy barata; esto es debido ya a J. H. Mackay, que, fascinado por Stirner, se hizo su biógrafo, recogiendo la tradición de su ambiente en el momento en que iba a ser interrumpida por la muerte. Tenemos pues *Max Stirner, su vida y su obra* (Berlín, 1898, X, 260 págs.) y una colección de escritos esparcidos de Stirner (*Escritos menores*, 1898, 185 págs.), de los cuales fué publicada una edición mucho más completa en 1914 (417 págs.). Sin embargo, para darse cuenta del rol de ese círculo de los «libres», cuya acción, por ejemplo, por la colaboración en múltiples periódicos radicales, fué bastante amplia, hay que examinar por sí mismo algunas antiguas publicaciones raras, si no perdidas y aún documentos, correspondencias, etc., más o menos inéditas, trabajo hecho por primera vez por el doctor G. Mayer (publicado en 1913).

Para describir todo ese anarquismo naciente, al lado de ese trabajo el doctor G. Mayer, el mismo que ha publicado también una multitud de documentos que tratan de la época *premarxiana* de F. Engels, es preciso consultar una pequeña literatura histórica bien trabajada que se formó alrededor de Hess y de Grün (a quienes no se conoce habitualmente más que a través de las desfiguraciones que Marx da de ellos en sus escritos llenos de hiel). Engels mismo rondaba el ambiente de Stirner y en una sátira en verso muy bien hecha, lanzada por Engels sin nombre de autor en 1842 (Neumünster bei Zurich, 47 págs.), Stirner es esbozado (como tantos otros, sin indicar los nombres) por esta nota: Cuando los otros gritan: «¡Abajo los reyes! el grita: *Weg Satzung und Gesetz*... «¡abajo también las leyes!». Se convendrá que esa línea prueba dos cosas: que Stirner en 1842 era anarquista consciente y que el joven Engels sabía también perfectamente darse cuenta de ese hecho y de lo que es la anarquía. Por una carta de Engels a Marx del 17 de marzo de 1845 sabemos también que Engels había leído mucho tiempo antes de ese año la *Justicia política* de Godwin; en 1845 los dos amigos estaban ya resueltos a demoler literariamente toda concepción diferente de la suya; se trabaron sucesivamente con los hermanos Bauer, con Max Stirner, con C. Grün y con Proudhon.

Hubo también en esa época una especie de *super Stirner* que se llama Schmicht (1819-1864), como él y que fué pedagogo apacible igualmente; en dos libros publicados en 1846 llega a tratar, por decirlo así, el único de Stirner como filisteo y reaccionario. Stirner le ha tirado de las orejas en la revista *Epigonen* de Leipzig.

Se publicó entonces y en el cincuenta todavía gran número de traducciones de Proudhon, por Grün, W. Jordan, Th. Opitz, L. Bamberger, Arnold Ruger, Ludwig Phau, etc. Pero este interés se extinguió en el 60 y no fué renovado más que individualmente. Desde 1872 el médico doctor A. Mühlberg (nacido en 1847, fallecido ya), hizo

VI

El impulso dado por Proudhon al socialismo de los países no-franceses fué muy importante. En su tiempo, a partir de 1840, el encanto y la atracción causados por las ideas saint-simonianas y fourieristas habían pasado a la historia y con Buonarroti murió la influencia secreta que irradiaba desde él por medio de las sociedades clandestinas. Los obreros alemanes que transportaban de París a Suiza y a Londres una propaganda comunista autoritaria y los fourieristas americanos que creaban las comunidades experimentales, esas fueron las manifestaciones más determinadas de un verdadero socialismo inspirado por las escuelas francesas. Aparte de eso, el socialismo que emanó de Francia se convirtió pronto en sentimiento socialista, en socialismo generalizado, poco tangible; la filosofía de Pierre Leroux, el sentimiento social incorporado a las novelas de George Sand y de Eugène Sue que dieron la vuelta al mundo, la retórica brillante de Lamennais son ejemplos de ello. Un socialismo estatista con soluciones superficiales, fácilmente accesibles a los políticos, fué propuesto por Louis Blanc y se creó esa categoría de políticos que preconizaban la república «democrática y social» (término equivoco que dió nacimiento al término «socialdemocracia»); fueron bravos republicanos, «soidisant» de tendencias sociales, adeptos de un «socialismo» que no tocaba la propiedad, que sabría vivir de la nada, por decirlo así, del sentimiento de simpatía y de los cumplimientos oratorios de esos bravos hombres, La Montagne de 1848-49 fué la incorporación de ese «socialismo», que no era único. Quedaba aún el recuerdo de un socialismo proletario sin compromisos, que representaba la figura, llamada sombría, de Blanqui, a quien la prisión retuvo de 1839 a febrero de 1848, para devolverlo de nuevo en mayo del 48 por una decena de años; se sabía que la verdadera revolución rugía en los medios obreros poco conocidos, que 1848 mostró a la luz del día, pero esa fase del socialismo fué la menos conocida en el extranjero.

Bakunin, al quedar en París desde 1844 a 1847, conoció todos esos matices, pero el único socialista a que estimaba realmente fue Proudhon, con el que tuvo esas famosas largas discusiones mitad filosóficas, mitad económicas que duraban noches enteras. Bakunin estaba entonces ciertamente impresionado por el anarquismo de Proudhon y se encontraron en su federalismo común, pero él poseía un fondo inalterable de socialismo (colectivismo) que no ha debido entenderse nunca con el mutualismo de Proudhon; lo superó también en filosofía radical y tenía otras ideas sobre las nacionalidades. Alejandro Herzen estuvo en relación con Proudhon en 1847 y 49 y admiró su crítica antiestatista y social, pero Herzen no era hombre para entregarse enteramente a un sistema. Kropotkin me ha relatado que en Siberia, hacia 1860-70, hizo la adquisición de las *Contra-*

dicciones económicas (1846) de Proudhon, ejemplar del deportado Mikhailov, el autor radical muerto en Siberia, ejemplar anotado por éste. Ese fué el primer libro claramente socialista que leyó y fué impresionado y conquistado por sus ideas. Tal vez el diario de Kropotkin, sus notas tomadas en Siberia, recientemente publicado en libro ruso, nos hablará de esas primeras impresiones; no lo conozco todavía. Otro autor ruso, N. Sokolof, cuyo libro *Los refractarios* afectó también a Kropotkin desde temprano, era gran conocedor y admirador de Proudhon.

En Inglaterra había un poco de interés por Proudhon hacia 1848, pero no tuvo ningún movimiento continuado. Sólo los individualistas americanos, sobre todo Tucker, tradujeron un pequeño número de sus libros. Aún hace algunos meses John Beverly Robinson, muerto últimamente, hizo aparecer su traducción de la *idea general de la revolución* (Londres, Freedom); otro antiguo admirador de Proudhon es William C. Owen.

En Italia el primer periódico socialista, *Il Proletario*, de Florencia de un proudhonismo de lo más moderado; no lo he visto. Giuseppe Ferrari, el federalista italiano, autor de *Filosofía della Rivoluzione* (1851), pertenecía a los amigos de Proudhon, como el economista español Ramón de la Sagra y el socialista belga Félix Dehassé, en su juventud discípulo íntimo de Buonarroti. Durante su destierro en Francia, F. Pi y Margall, hacia el 60, hizo un gran número de traducciones españolas de Proudhon, cuyo federalismo le atraía, y el partido republicano federalista en España ha debido fortificar entonces sus ideas por esas lecturas de Proudhon en las luchas contra los republicanos centralistas.

Proudhon halló, pienso, su más grande aprecio en los años entre 1840 y 1851, próximamente, en Alemania. En este país la filosofía hegeliana, desarrollándose de derecha a izquierda, había llegado a un radicalismo filosófico que en algunos ambientes se completó por, y se solidarizó, un radicalismo político y económico muy acentuado. Esto había nacido de la indignación contra la opresión política y de la aversión contra el industrialismo naciente en el oeste del país, y también de las ideas sociales que emanaban de los grandes movimientos socialistas en Francia y en Inglaterra. Ya algunos años antes una semejante síntesis, pero menos pronunciada, había sido hecha por los literatos del grupo llamado *La Joven Alemania*, entre el saith-simonismo, el liberalismo político, la emancipación de la mujer, el racionalismo religioso y el sentimiento cosmopolita, la idea de la Joven Europa. Esta vez el triple radicalismo de 1840-50 iba más a fondo; Arnold Ruge en política, Karl Marx en economía, George Herwegh en sentimiento de rebelión expresado por la poesía son los tipos más notables de esa evolución intelectual.

Pero la evolución filosófica dió aún un paso hacia adelante, marcado por Ludwig Feuerbach, que da golpes decisivos a las ficciones

religiosas, desbarajustadas por la crítica precedente, al mostrar su origen en el hombre mismo. Sus ideas fascinaban a los más avanzados y como el miso se abstenía de la política y de la economía social militantes y sus ideas contenían una verdadera enseñanza de moral humanitaria, nació la idea de hacer una síntesis de las ideas de filosofía y de moral verdaderamente humanas de Feuerbach y de las de economía y de política libertarias de Proudhon. Ese anarquismo humanitario, el mutualismo de Proudhon penetrado por un espíritu de solidaridad y de libertad moral humana, fué hecho sobre todo por M. Hess y C. Grün en algunos pequeños escritos y artículos escritos en la terminología filosófica familiar de los intelectuales de ese tiempo, pero que para el lector moderno exige una cierta iniciación. Esos esfuerzos, por lo demás, fueron pronto discontinuados; Cess pareció haber sufrido la influencia de Marx, pero sin ser nunca de sus ímings y guardándole algún rencor de rival de fuerza notablemente insuficiente. Grün, enemigo de Marx, se hizo intérprete estrecho, aunque muy platónico, de Proudhon y no presentó originalidad alguna.

Bakunin amaba también a Feuerbach y en 1844 en París trabajaba en una exposición en francés de las ideas de Feuerbach, escrito que sin duda quedó inacabado y se perdió.

Entre los jóvenes alemanes de Suiza, obreros y literatos, el comunismo autoritario de Weiling, que se apoyaba en el evangelio, fué resistido por un comunismo libertario que se inspiraba en el antilestismo de Proudhon y por un ateísmo pronunciado que se basaba en los argumentos de Feuerbach. Wilhelm Marr y sus camaradas, el grupo llamado *La Joven Alemania* (no confundir con los otros dos grupos de ese nombre de 1830-40), personifican esa propaganda dispersada por las persecuciones y expulsiones suizas en 1845. La historia de este movimiento se encuentra en documentos confusos y publicados entonces y en un libro de Marr, que hizo algunas otras publicaciones anarquistas más, pero que se perdió en otras direcciones más tarde.

En la primera mitad del cuarenta, un grupo de jóvenes literatos de Berlín, llamados «Los Libres» (die Freien) estaba en su apogeo, el grupo de Kaspar Schmidt (Max Stirner), Edgar Bauer, Ludwig Buhl (estos tres netamente libertarios), de Bruno Bauer y de muchos otros. Una revista, *Berliner Monatschrift* (1844), publicada en Mannheim (por razones de censura), reúne muestras de sus ideas y en ese mismo año apareció con fecha de 1845, el libro *Der Einzige und sein Eigentum* (El Único y su propiedad) de Max Stirner (Leipzig, 491 págs. 89).

Ese libro individualista por excelencia no tiene necesidad de ser descrito; es ahora universalmente conocido por traducciones. El original, de lectura difícil, no pudo salir del medio filosófico de su tiempo. Sin embargo fué siempre conocido y accesible y hasta reimpreso en 1882 (Leipzig, 379 págs.) antes que se hubiese hecho propa-

ANESTESIA MUNDIAL

« Neville Chamberlain, conservador 100 %, preocupado únicamente de la grandeza británica, se acomodaría de buena gana con el general Franco a condición de que éste se separara de Roma ». — S. de la Rochefoucaule, en agosto de 1937.

« No nos interesa conseguir amigos; lo que nos impele a la brega, es la salvaguardia de los capitales e intereses norteamericanos en cada país... » — Declaraciones de una figura yanqui. Agosto de 1937.

A primera de estas elocuentísimas fanifestaciones de las inquietudes de la Banca, fué realizada en los momentos en que el clima financiero de la libra esterlina, era el dominante en el área mundial, si bien que ya en la pendiente de su decadencia, merced a la guerra anterior, y es por esto que surgió la traición y el error del « Comité de No Intervención », en el problema totalitario que, en España, ensayó su potencialidad y audacia, favorecido por el apego a sus millones de John Bull que, cegado por el brillo del áureo metal, no previó lo que muchos veíamos venir, y que resultó su ruina o la causa de su descendencia de dominio en la Banca mundial.

La segunda declaración se debe a la actual prepotencia de los actuantes en el área mundial del dólar, que al Tío Sam tiene por regente, apoyado por el predominio del trabajo en cadena, del taylorismo y de las supuestas filosofías de Smiles, Marden, y cuantos tios aconsejan a sus retoños a conquistar el Mundo y a su triunfo, « si puede ser, honradamente; si no, de cualquier manera... »

— « Anda, hijo, triunfa », — tal es la consigna.

Ambas inclinaciones y potencialidades, la de la libra y la del dólar, han podido prevalecer y actuar, merced al estado calamitoso de los pueblos, a la inyección de drogas corroyentes en la mentalidad masiva, y a la divergencia y desconocimiento entre sí de las fuerzas creadoras y vitales, manejadas a conveniencia por los interesados en predominar y movidas mentalmente en confusión por cuantos medran al margen y al servicio de la Banca. Se ha procurado despertar en las masas, el instinto burgués y de menor esfuerzo que cada uno lleva en sí, matando ideales y aspiraciones superiores.

Cuando el caso de la primera guerra mundial, la solidaridad del productor de cosa útil, dejó quebrarse por lemas de un verbalismo camandulero.

Cuando el caso español, la solidaridad de las fuerzas productoras del Mundo, no supieron contribuir al apoyo de los que en Iberia luchaban con fervor, valentía y visión clara hacia la liberación y manumisión de las

fuerzas creadoras, en oposición a las que se conjugan y apoyan, como en lo presente, para su hegemonía y poder de usufructo de lo vital.

Bien es cierto que de las trincheras de la lucha 1914-18, salieron los pueblos intervinientes, completamente quebrados, escépticos, morbosos, vencidos unos y otros, pero cuantos son capaces de ver claro en el desenvolvimiento de las luchas de razas, castas y clases, no debían dejarse llevar por la abulia masiva, que provocó la guerra hispana, preparando la segunda guerra mundial, cuyo fin no ha terminado, a pesar del lapso transcurrido mediante el compás de espera, en el cual se combina la nueva etapa, sin que los pueblos, las razas, los conjuntos masivos, los que habrán de soportar el golpe acierten a prevenir y evitar el caos que se avecina, que ya apunta, so pretexto de la paz... a base de armamentos refinados y sádicos.

Y todas estas calamidades, posibles han sido y seguirán, merced a la labor de anestesia a que se somete el Mundo, y a la intensa sugestión liberatriz que se propala, sin percibir, unos y otros, que es el camino hacia el tembladeral que significará el hundimiento de todos los valores, como hasta el presente todos los afanes de independencia y libertad individual y masiva, de clase y de casta, no es sino la caída en el fontis de libertinaje, que no puede ser el orto deseado para cuantos se estiman seres racionales.

Durante el predominio de la libra esterlina, la acción anestésica, se realizaba procurando dominar económica y financieramente, los países suministrándoles ferrocarriles, tranvías, usinas eléctricas, sindicatos hidráulicos, gin, ron, tés, Nuevo Testamento, austeridad resignada en fin, algo que pudiera significar honestidad y apoyo, naturalmente que con buen interés, y así prosiguió durante años, hasta que la avaricia de John no tuvo freno.

Se produjo lo que todos sabemos, su malhadado comportamiento con los leales de España, por temor a las conquistas y realizaciones elocuentes y liberatrices de las colectividades de Aragón y Cataluña, arrastrando a Francia en su vesania egoísta, y lo que era de esperar, fué.

En el actual predominio del dólar, la anestesia se revela en su afán de penetración y dominio mediante un cine idiota, un deportismo bestia, una literatura morbosa, unos conjuntos de negros con toda clase de ruidos y gestos, bailes eróticos e idiotas a base de bughi bughi o rocandrole, historietas imbecilizantes, trompadas de brutos, utensilios de todas clases a base de latas barnizadas, empresas de telégrafos y telegramas, « busines » de todas clases, máquinas pintarrajeadas a base de latas, « ducos » y barnices, mucho whinki, biblia y lemas liberatrices para mujeres y hombres, pero esclavizados con la moto, el auto, la « frigidaire », la lavadora, la cocina

LA GACETA

NO es mi intención disertar acerca de la prensa, empezando con Gutenberg, sin olvidar a los chinos, y siguiendo sus transformaciones hasta el progreso grandioso de nuestros días. No voy a repetir los «lugares comunes» sobre su papel, su misión, y las alabanzas, las fórmulas que, por abuso, ya han perdido su significado genuino: el cuarto poder en el Estado, la representante y defensora de la Opinión pública, de la Justicia, la Libertad, etc.

Me parece más conveniente que dejemos de un lado los principios teóricos, y que opongamos simplemente a la gaceta de hoy nuestra alma y nuestra mente, tal como somos. Las apariencias son tan tentadoras y astutas, y es muy difícil que nos desembaracemos después de habernos dejado fascinar y encadenar por ellas. Confieso que soy tentado todos los días por los periódicos. Solamente de un modo forzoso puedo esquivar su lectura; cuando, por gracia, estoy de vacaciones en una aldea perdida en las montañas. Obsesivamente, la gaceta me persigue; la gritan los canillitas, la ostentan los kioscos, aletea en todas partes, está esperándome sobre la mesa. A una, por lo menos, hay que hojearla o leerla detenidamente de cabo a rabo. Ya es demasiado. La leo con recelo, con repugnancia, a veces con secreta complacencia, a veces sin quererlo, ya que los ojos deletrean automáticamente, por hábito. El vicio de la lectura es irresistible, como cualquier otro.

La mirada devora los titulares, los textos apretados, y contempla los gráficos. Esta media hora de lectura no tiene medida. Parece que el corazón palpita entonces en

eléctrica, la alimentación desvitaminizada en envases relucientes que obligan a echar mano de antibióticos a millares para mantener el físico, de opios de todas clases hasta la idiota patología de entes viciosos que se creen superiores, uncidos por el cretinismo masivo en mandones, todo ello, para evitar que el ser humano reflexione y piense cómo librarse de su fatal destino.

Todo está organizado a maravilla, para que la más bestia de las bestias, no repare en cuanto le rodea, satisfaciendo solamente sus instintos, pasiones y vicios, y perdiendo el tiempo que debería destinar a su significación, en las tonadas so pretexto de arte y espiritualidad, que en el fondo no son otra cosa que el mito de una cultura de vez en vez más lamentable.

Y los conjuntos raciales de todos los continentes, contemplan idiotizados, las competencias sobre quienes adelantarán más y mejor en destruirse mutuamente...

Este es el campeonato que faltaba a la euforia deportista y bestia que encuece a los pueblos.

La anestesia que faltaba para que los destinos de John Bull, ayer, y el Tío Sam, hoy, se conviertan en realidad que a todos satisfaga, anhelosos de gozarlas.

VICTORIA ZEDA

el vacío —en la nada cósmica— pese a que, en la ancha superficie de papel impreso, están fijados los instantes humanos, las efemérides tristes, abrumadoras, trágicas, las necesidades implacables y los sufrimientos insaciables. En efecto, extraño es este hecho: la gaceta nos proporciona emociones que son del dominio de la poesía, del teatro dramático y de la especulación metafísica. La realidad inmediata, expresada en cifras, esquemas, fotografías, impresiona más fuertemente; la imaginación compone a sus anchas los cuadros y las escenas sugeridas en un texto breve y sin floreos literarios. Nuestra sensibilidad innata se halla, sorpresivamente, ante algunas imágenes sencillas y unos pocos datos concretos, pero también ante una abundante fuente de emociones. Nuestro pensamiento no tiene que desenredar los hilos de la dialéctica, sino que surgir, el mismo, del hecho relatado allí, en la gaceta.

Por eso, leyéndola, me siento dolorido. No es menester que exponga, detalladamente, el contenido de un periódico «moderno». La buena noticia, la bella obra, la idea que es a la vez acción, hay que buscarlas, como a las perlas en el fondo de un océano tempestuoso. Están ocultas, perdidas en las negras columnas, cual grano de diamante bajo rocas áridas, macizas y resbaladizas.

Leyendo la gaceta, debemos reaccionar continuamente, resistir a su embrujo venal, a su batahola de feria, a su abigarrada exhibición de sensaciones y «glorias» cotidianas. Y sólo una conciencia firme, aguijoneada por escrúpulos éticos (y estéticos) está en condiciones de afrontar los duros asaltos y las influencias nocivas que implica la mera lectura de un diario. Pues todos los males que padece la humanidad, están concentrados en las hojas de los noticiarios: crímenes, atracos, violaciones, estafas, pleitos —todas las furias del egoísmo, todas las fieras de la perversidad, todos los excesos de la riqueza, las insistentes quejas y las rebeliones de la injusticia—, todas las plagas de la miseria, las exasperaciones del individuo extraviado en la jungla social, y las catástrofes artificiales: explosiones en usinas, derrumbes en minas, naufragios, epidemias y hambre, todos los terrores de la naturaleza. Y añadimos el mal de todos los males, en una palabra: la Guerra...

Las noticias telegráficas, los reportajes, los informes relatan los acontecimientos locales e internacionales más o menos objetivamente. No faltan los comentarios y las críticas. Las desgracias que ocurren en un día, en nuestro planeta, están condensados en algunas hojas del periódico. Los males humanos están destilados en breves frases narrativas. La vida agitada, con sus necesidades, dolores y horrores, se nos ofrece, como en un microcosmos, a nuestros ojos voraces. Y leemos, cómodamente, con el corazón inhibido, cerrado, y la mente cansada o pere-

zosa. Pues, ¿quién podría soportar la vida si la sintiera y pensara por entero, y en todos sus pormenores? Una sola existencia individual es demasiado compleja y muy a menudo trágica. En nuestro círculo reducido, el mundo nos obsesiona, nos agobia — a unos pocos con sus fatalidades y sus enigmas de siempre — y a los muchos con el diario trajín, con los empujones de los deseos, de las obligaciones, de los pequeños y grandes dolores.

Y, en escasas horas «libres» leemos los periódicos. Todos, y aún los que pueden aislarse y crear sus obras — y sobre todo, los millones de anónimos. ¿Se volvieron, acaso, mejores los lectores de periódicos? ¿Hallaron algún consuelo en sus desgracias, o la incitación de superarse, de salir del tedio o la mediocridad? Lo dudo. Se acumula en nosotros un infierno callado de sufrimientos, de homicidios, de cataclismos. Todo lo que leemos en periódicos, perdura en nuestro subconsciente. Es allí que fermenta el Mal humano, no tan sólo el nuestro, personalmente; pesado, duro, obstinado, este Mal sofoca las aspiraciones optimistas, refrena los impulsos hacia el Bien y lo Bello, marchita y dispersa las esperanzas.

¿Por qué esta falsa y obligada «solidaridad» con el Mal de todas partes y de cada instante? La humanidad no puede progresar de este modo. Acaso ¿es absolutamente necesario que conozcamos, nosotros también, todas las noticias infaustas del mundo entero — de un hundimiento en el Pacífico, de una rebelión en un país sudamericano o asiático, de una epidemia de peste en India, de un crimen sádico en una ciudad de Europa, de una quiebra financiera en Inglaterra, del hambre que hace estragos en China — y de todo lo que sucede, en mal y peor, en nuestro propio país? ¿Esto sería la prueba evidente del progreso moral e intelectual, de una positiva comunión mundial? ¿Y todo esto es la expresión de nuestra cultura y civilización?

Es una convicción inquebrantable: que la gaceta «moderna» no mejora las cosas y los hombres no se vuelven más humanos con la lectura de las noticias diarias. Evidentemente, no se puede ignorar a los acontecimientos: todo se registra en esta época del telégrafo y de la radio, y los archivos de las redacciones y agencias de informaciones aumentan tremendamente. Pero el acontecimiento más o menos «sensacional» adquiere, mediante la prensa una importancia excesiva y, en el fondo, inútil. No son pocos los que creen que en otros tiempos, cuando no existían los medios técnicos de hoy, la felicidad humana era más positiva, más estable y relativamente menos desigual entre los individuos y los pueblos. La gaceta insinúa y mantiene la pesadilla de un mundo trastornado, en perpetuo estado de desequilibrio, desagregándose y pereciendo por las locuras sangrientas de las guerras internas y externas, y por las calamidades de una naturaleza que parece empeñarse solamente contra los hombres.

¡No! la vida no es tan mala y destructora. La gaceta la falsifica. Las vboras de una selva, reunidas todas en el mismo lugar, nos espantan y nos hacen creer que la selva está llena de peligros. Todas las ruinas, anotadas en los diarios, nos hacen olvidar a las ciudades que crecen, bajo el sol, activas y alegres. Los accidentes y asesinatos relatados día tras día nos hacen olvidar a las multitudes de hombres pacíficos, que labran la tierra y forjan tantas cosas útiles. ¿Por qué hay que pregonar sobre todo las malas noticias? ¿Se puede enmendar un mal por otro mal? ¿Se vierte veneno en una llaga, para

curarla? Debemos insistir acerca de esta verdad: la triste realidad del mundo, concentrada y exagerada de este modo en la prensa, llega a ser una nueva realidad, distinta a la primera y cuyo efecto es contrario a las «buenas intenciones» de los llamados «defensores de la Opinión pública».

Las buenas cosas se hacen. Lo bello en obras de arte y en el hombre lo vemos en torno nuestro. El progreso de la humanidad reside en el incesante empeño de la creación del espíritu lúcido y libre. La tragedia de nuestra vida no es la que se refleja monstruosamente a través de la prensa; ella está en nuestro corazón sensible y sincero; en la conciencia prudente, que razona y juzga. La Opinión pública somos yo, tú, él — todos nosotros — y no necesitamos más que buenas nuevas, sanas exhortaciones, consejos e informes provechosos, alegrías comunes y consuelos fraternales. Mi sufrimiento es mío; no voy a clamarlo en plaza pública, trivializando lo más íntimo del alma humana. En la prensa comercializada y política, la gloria (y aún el deshonor) se fabrica, generalmente, de conformidad a la tarifa de propaganda. Si es gratis, es más bien la de los asesinos individuales o colectivos, de los grandes o pequeños estafadores, de farsantes y embusteros que pululan tanto en los campos gubernamentales como en los negocios. El duro trabajo de los muchos y la creación de los que han logrado a superarse permanecen ocultos en su modestia silenciosa.

La lucha por el bienestar, por la justicia y la libertad, por la civilización y la cultura; la lucha contra los malhechores y oscurantistas, los verdugos y tiranos; la gran lucha para eliminar a la guerra civil o internacional, y la opresión en las relaciones sociales, no está facilitada solamente por la difusión exclusiva de estos males mediante la prensa, como muchos lo creen, desgraciadamente.

No me atrevo, empero, a proclamar una solución totalmente contraria. Algunos idealistas trataron, en Francia, de publicar en su diario sólo las buenas noticias, los sucesos que alientan, los pensamientos que iluminan y guían, los sentimientos que exaltan y ennoblecen. Se relataba ampliamente un hermoso fenómeno de la naturaleza terrestre o cósmica, se describía la gira de un gran artista por las capitales entusiasmadas. Un teatro nuevo, un laboratorio de investigaciones científicas, una nueva obra maestra en música o escultura eran acontecimientos mundiales. La tierra parecía un paraíso platórico de hermosas realizaciones, de acciones generosas, aclamadas por los pueblos hermanados. Esta gaceta idílica desapareció después de apenas algunas semanas. (Sin embargo, en los Estados Unidos de Norteamérica, un diario redactado en gran parte en el mismo sentido, sigue apareciendo desde el siglo pasado).

Persistir en un optimismo ilusorio, es tan peligroso como la excesiva obsesión del pesimismo que siempre se queja de las desgracias que hostigan a los hombres. Hay que mantenerse firme, con los pies en la tierra de todas nuestras realidades cotidianas, pero con las miradas dirigidas hasta las visiones serenas de los ideales. Sea el instante colmado y fructífero. Lo que nos falta, es el equilibrio entre los contrarios. La verdad, el bien, lo bello se hallan, generalmente, en el medio — in medias res — y no en los extremos. La vida se vive, desde luego, pero muchos la buscan en sus reflejos, en los periódicos que la deforman odiosa o ridículamente, como los espejos

cóncavos o convexos. Que cada individuo evite la mala acción y cumpla diariamente siquiera una buena acción. Que sepa y sienta cuán trágico es el simple hecho de la existencia en este mundo; y pese a las tentaciones y terrores, levante sobre cimientos inquebrantables la obra de su vida.

¿Se puede hablar todavía de la influencia moral de la prensa? Sin embargo, ésta es su primera misión, y no la de «informar». Ella debe refrenar los malos impulsos, corruptores, destructores de seres y obras, y fortalecer la conciencia de los débiles. Puede llegar a ser la expresión de la actualidad sana, creadora, solamente si nosotros mismos nos volvemos mejores y más esclarecidos. Cuando cada palabra impresa tenga su significado pleno e inalterado, y resuene en nosotros con toda su vida, con toda la experiencia que incluye, es entonces que la gaceta no aparecerá ya como un foco de desastres y como una selva donde pululan las fieras. Y no la leeremos más con pèrida curiosidad o con pasiva y triste cobardía si, por una vez, sentiríamos en toda su intensidad los sufrimientos que agobian a la humanidad en un solo día.

Sea la gaceta el evangelio de todos los días —la «buena nueva»— que aliente y alivie en las tareas comunes; que ofrezca pensamientos nuevos, que iluminan y liberan la mente, que anuncian la nueva victoria que debe ser la de todos, las nuevas conquistas del espíritu humano. Y sepa su lector escuchar el himno de gloria que retumba a través de algunas pocas líneas de un telegrama; que desarrolle toda una novela, apenas esbozada en un reportaje; que descubra una idea reveladora en una nota breve. Un artículo de fondo, el «editorial» debe ser como un embrión que encierre vastas posibilidades, que concrete los problemas nacionales, continentales y mundiales, los empeños y las esperanzas de millones de anónimos.

La gaceta del hombre nuevo puede llegar a ser como las crónicas antiguas en las que se inscribía la palabra

de la verdad y la sabiduría, todo lo que es eternamente humano y debè conservarse para los que vendrán. Ella puede convertirse en una maravillosa imagen sintética, en la que el individuo contemple cada día a la humanidad de su planeta aureolado por armonías cósmicas.

¡Hermosos sueños! Pero, si sentimos en nosotros a este hombre nuevo —templado en las brasas de la guerra y en las exaltaciones de la revolución— ¿por qué no confiamos también en la renovación de todas las manifestaciones exteriores, sociales y colectivas? Estas últimas constituyen, en efeco, la prueba certera de nuestra renovación.

He insistido acerca de la gaceta, por ser ella un ejemplo demasiado evidente, personal y general, periódico y permanente. La gran hoja diaria, la hoja volante, escrita, impresa y distribuida rápidamente, pertenece a la multitud, a todos los hombres. La gigantesca multitud de mil cabezas, que constituye, sin embargo, un solo organismo en el espacio y el tiempo! Ella sostiene sobre sus espaldas los templos de los elegidos — las obras vivas de la humanidad entera. Y por eso, se necesitan fundamentos sanos y firmes.

Sea cada hombre una individualidad, eso es: una realidad activa, una persona. Pero, igual que en un campo de pequeñas flores, brotan de todos los hombres juntos las florecencias supremas de las energías creadoras: los poetas, los artistas, los sabios — los genios que señalan las etapas y las cumbres del devenir.

¡La gaceta! Una palabra que se debe meditar, como tantas otras, con hondura y lucidez. Pues ella es también una cosa viva que corresponde, en último término, a «una verdad esencial y universalmente valedera» — como suelen decir los filósofos que, desde luego, no malgastan su tiempo leyendo periódicos, sino libros— a menudo pesados, anticuados o muertos...

EUGEN RELGIS

S
A
R
T
R
E



La libertad que no se traduce en acción,
ni es libertad ni es nada.

Entonces seremos nosotros

El ojo humano, ubicado en el testuz igual que en las demás especies animales, observa un horizonte muy limitado. Para ver más lejos, tiene que elevarse a mayores alturas. Acostumbrado desde su origen a regirse por sensaciones para formar el sentimiento, tuvo que hurgar en la oscuridad, casi a tientas, para hacer luz. Y cuando el sol iluminó la tierra nuestros semejantes antepasados eran casi ciegos. Los otros sentidos fueron desarrollándose por obra de igual proceso de adaptación al medio y al ambiente. Nuestra presencia en el planeta, que data de escasos millones, bien escaso adelanto nos ha proporcionado. En rigor, estamos naciendo. Lo que somos y lo que valemos es infinitamente poco respecto de lo que nuestra imaginación está esperando.

En el corto camino de la vida y desde aquellos tiempos remotos, todavía conservamos los atavismos morfológicos originarios. Y todo nuestro desenvolvimiento se valoriza sólo entre nosotros, sobre este suelo desdichado que la naturaleza creó para mejor destino. Sin realizar descubrimientos portentosos viciados por atavismos tan inexplicables como la primordial condición de entendernos, de organizar nuestra residencia aquí y de explotar adecuadamente los elementos gratuitos de que disponemos sin necesidad de haber hecho algo para conseguirlos. Hasta ahora, ni siquiera alcanzamos a ver el firmamento que está por encima de nosotros. Cuando pretendemos comprobar su existencia, tenemos que inclinarnos hacia atrás y dirigir la mirada hacia arriba. Posición antinatural que testimonia nuestra imperfección. Comúnmente sólo observamos lo que tenemos delante, lo que nos duele en carne propia, las sensaciones emotivas que alteran el funcionamiento de nuestro organismo, los intereses particulares que nos garanticen un mayor pedazo de bazofia para alimentar nuestras células.

Pero inquirimos y con nuestros débiles sentidos, recién en este preciso instante de la historia, nuestro cerebro cubierto todavía con cabello igual que cuando residíamos en la selva, descubre la necesidad de satisfacer la imaginación y es de ese modo que piensa en acercarse a otros planetas y discurre cómo llegar hasta allí. Grande es el motivo y la emoción. Y si por obra de entendimiento logra sacudir el temor de una guerra exterminadora que transforme a los sobrevivientes en manadas cuadrumanas prontas a despedazarse, descubriremos otras emociones más intensas de utilidad para el convivir. Superando esa fase evolutiva del instinto animal, con el concurso colectivo, alcanzaremos a establecer rutas navegables bajo los hielos polares, con embarcaciones adecuadas para acortar las distancias geográficas que actualmente separan unos de otros pueblos.

Con el apoyo de las agrupaciones humanas que hoy integran naciones, sobre las nieves eternas de los polos, podremos construir aeródromos como puntos estacionarios para el traslado de uno a otro continente, en forma

de hacer la tierra habitable sin el temor a las inclemencias atmosféricas ni a las tormentas naturales. Impulsaremos nuestras industrias y agricultura por procedimientos de técnica aplicada, extirparemos para siempre el azote del hambre que diezma a generaciones de millones de habitantes y contribuiremos así a hacerlos más felices, porque las distancias serán cada vez más cortas y el globo terráqueo será una sola nación y nuestra especie constituirá una sola familia.

Allí donde el cielo y el hielo son eternos, en el silencio de la soledad donde gimen gigantescos errantes monobloks en la lucha milenaria que se extiende en el aire siempre joven y el tiempo no envejece y la noche se confunde con el día, como punto de comunicación alejado de la vida humana, el hombre, en un esfuerzo supremo, más allá de las posibilidades comunes de circundar el globo, con ese aporte de la voluntad irresoluta conseguirá dominar las inclemencias naturales y poner pie en lugares reservados a los dioses olímpicos, merced a los adelantos de la civilización mecánica.

Descontando el concurso y la buena voluntad de los hombres, se logrará construir bajo el Canal de la Mancha un túnel subterráneo que una Francia con Inglaterra. Este proyecto ya secular que sirva como ombligo de las Islas Británicas con el continente europeo, permitirá al ser humano el tránsito regular sin pasaportes y el desplazamiento de personas por vía acelerada integrando a toda Europa en una confederación de comunidades. Parte de las flotas de navegación serán desplazadas a otros mares y el entendimiento será más íntimo porque Londres y París se encontrarán a escasos minutos de viaje en automóvil.

Con el potencial económico que la humanidad no desperdillará en guerras inútiles, se construirá un túnel a través de la cordillera de los Andes, bajo nivel del Océano Pacífico para abrir un canal navegable en la pampa argentina para poder regar las arenas erosionadas, sedientas de agua, efectuar grandes plantaciones de forestales y frutales, intensificar el cultivo y explotación de la agricultura y horticultura, establecer pueblos y ciudades, industrias y manufacturas de productos para que pueda establecerse allí y en forma definitiva el asiento de una cultura constituida por elementos humanos de regiones superpobladas. Al provocar precipitaciones pluviales mediante la forestación a lo largo del desierto, se eliminará el vuelo de las arenas y del cardo ruso, azotes que impiden a la pampa convertirse todos los años en el dorado granero del mundo.

No malgastando nuestras energías en experimentos mortíferos, que la humanidad entera de una u otra forma tan caro está pagando en cualquiera sea el extremo de la tierra en que resida, construirá un puente sobre el Atlántico, que una América con África, y una carretera que desde Alaska cruce el Canadá, los Estados Unidos de Norteamérica, Méjico, Centro y Sudamérica hasta Recife

Sábado del Gemito

LOS Ikes (Ike, diminutivo hebreo de Isaac), escapados de los hornos de cocción plutodemócrata de Majdanek y de Belsen, en que estofaron platodealismo los chicharreros nazis, celebran a orillas del Hudson el « sabat »; día en que no se recogen a sahumar la memoria de sus muertos los « shiksés » y los « goys » (paganos, gentiles y profanos). Tenía lugar la devota solemnización del modesto Yom Kippur en forma de Pascua del lamento, en un « succoth » o tapanco o camaranchón miserable, de des-

juntadas cuaderñas, y al que no había hueso que no le crujiese de reumatismal vejez.

Era gente « kósher » (castiza), aunque con rostros de máscara de tragedia, la que concentraba el « séder » (ágape) de este día, en el destierro. Uno se llamaba Menaquem; otro, Fineas; otro, Irving (Zabulón). Por los apellidos, a causa de los recientes pogroms, aún había fregolismo más charro en el escamoteo, que Carlos Marx antedatara, enmendándole el Mordecai paterno a la célula de circulación.

y desde Liberia corra hasta su punto de partida. Como una cinta transportadora a través de continentes y mares, por ella circularán los hombres, sin controles policiales ni aduaneros, para que puedan llevar el cálido mensaje de la fraternidad a través selvas, estepas y desiertos y tomen vivo contacto con sus semejantes, identificándolos con el progreso de las artes y las ciencias, sin fronteras ni áreas de influencias políticas, sociales ni religiosas, que todas quedarán atrás olvidadas en el tiempo que se fué.

Y aún quedarán energías en reserva para llevar las aguas del Mediterráneo hasta el desierto del Sahara, mediante un canal para navegación que se incruste en la misma entraña del desierto. Con ello se hará fértil el antiguo mar sediento, calcinado por los rayos solares cuyo paso está prohibido al hombre por designio de la naturaleza. Se cultivarán cereales y, lo mismo que en la pampa argentina, crecerán los árboles y habrá flores en el imperio del simún. En franco desafío, las fuerzas de la naturaleza tendrán que rendirse a la firme voluntad del hombre, convertido en pedestal y columna. Habrá relucientes edificios como algún día fueron los de Petra y Palmira que el sol de la tarde convertirá en ópalo y amatista, con gradas en sus recintos para que de todas partes del universo acudan migraciones de menesterosos, de sabios y de artistas, se acerquen a sus muros para escuchar el rumor del viento que se va y del tiempo que vió abrirse la costra de la tierra para separar los continentes.

Desde allí se divisará el pasado histórico por los conocimientos que sus Universidades han de impartir frente a las Columnas de Hércules y la legendaria Heppadelfos, hoy Ceuta, sobre siete colinas, dirigir la vista hacia las Hespérides que nos dió células y puso sangre caliente en las venas de los treinta millones de habitantes consumidos por el hambre y la ignominia del democrático fascismo internacional. A la vista del Mediterráneo, cuna de la civilización latina por donde cruzaron raudas primitivas embarcaciones que venían de El Pireo, de Rodas, Creta, Chipre y Cnosos para asistir al nacimiento de la Atlántida y más tarde, desde sus trirremes contemplar estupefactos como las aguas del diluvio habianla sepultado bajo las aguas, cerrando el paso al nuevo mundo.

Y luego que la máquina en su incontenible avance en el campo de la producción y determine por lógica consecuencia imperativa, reducir al mínimo indispensable las horas de labor material de los modernos esclavos de la sociedad contemporánea, los peones, escribientes, campesinos y artesanos se dedicarán al estudio de la ingeniería civil, agrícola e industrial, a la arquitectura y cultivo de las artes, al descubrimiento de los secretos naturales para resolver los problemas físicos y químicos del universo. Con tan gran campo de actividades e incorporada a la explotación y producción de bienes de subsistencia sectores inmensos del globo, el género humano carecerá de motivos para mantener en actividad esta maquinaria social de acumulación de fortunas materiales y complicaciones de todo orden originadas por el temor de morir en la miseria.

Nos quedará tiempo, inteligencia despierta, capacidad imaginativa y recursos intelectuales y económicos para mirar a las estrellas y en ellas poner nuestra planta. Impulsando la aeronavegación, conseguiremos construir estaciones de tránsito en el espacio sideral, la primera de ellas a 335 mil kilómetros de la tierra para que, siguiendo igual velocidad que nuestro planeta, la encontremos en punto fijo. Será un satélite independiente de la atracción terrestre con espacio de varias cuádras de superficie donde poder instalar además de pistas de estacionamiento y lanzamiento de naves aéreas, procedentes y con dirección a otros astros, laboratorios, fábricas, almacenes de combustibles, casas para alojar al personal, observatorios y cuanto en este orden exija la técnica en la ruta del futuro.

Y desde allí contemplaremos la tierra triste, perdida en el espacio oscuro como los sinsabores y penurias que en ella dejamos en una cuna arrojada al océano. Entonces seremos nosotros y crearemos un nuevo estilo poético, sin verde ni acentos heroicos de hazañas guerreras, pero inmortalizando en estrofas de eternidad el ansia insatisfecha de subir, de ir más arriba hasta los confines, siempre más alto, más allá de los astros, animados por el fragor de la sangre afiebrada por el martillo, el compás, la pluma y el arado.

CAMPIO CARPIO

Se trataba, en suma, de los Ben Israel o aarónidas y « *zadikim* » trotatierras del nazarenismo errante; o sea, de pobres « *ebionim* » y justos de la nación emigrada y proscrita; de puros ángeles o « *jasidim* », a la fuerza ahorcan peragrarios y camineros. Y perdonad la cargante jerga.

Abundaban en el concurso las narices como alcachofas, y aun como remolachas. Y en el berengenal echaba lustre el marfil de alguna sabia frente profética o rabinica, de la que había huido totalmente la sangre, dejando el campo a una lechada de cal apagada las citas en la cumbre con el Divino Hacedor. Sobre vecina mesa, descansaban los textos sagrados de la Torah y el Zohar. El zohar es el libro más importante de la Cábala.

Andando el tiempo de « *foxtrot* » o de « *ragtime* », comparece una guirlocha, que responde ya por Malke, ya por Mildred. Festejaban sus mejillas dos rosas de Saron como dos repollos. Revuelve en la cesta de su boca perlas como almendrones. Y perforan el alma como taldados eléctricos sus ojos de mirar comiendo hombres, sorbentes y pestañudos como raíces.

— Ya mero vienen las viandas — anuncia el alado.

— Malke, mi invaluable diadema de sardáguas — es talla un *jasid* muy anhidrido, pero haciéndose sopas ante la garza de Genezaret, a la que lame su baído con lengua de ternero enamorado. El carmín de tu labio es una soberana. Escritura. Tu talle tiene talla de joya. Eres « *okey* ». Estás mango. Como a una hija te mecería nueve meses de oleaje de mis ternuras debajo de mi corazón.

Acuden, efectivamente, en el acto, las hogazas, los « *pickles* » agrios, el « *gefifte fish* » del Vistula (albondión de pesca picada, que arroja la piel del propio pez, en una charola frito, en otra guisado; la sin hueso, ahumada; las jarras de vino, con mil « *benedicats* »; las tangerinas de Villarreal; los higos, en fin, y las uvas, como si estuviéramos en Capri, en Salónica o en Manacor.

Todos los « *thalits* » y castanes del grupo *jasidico* (de fideles) se sacuden las velas y bogan en la dirección del municionamiento y los confortes del gastrío. Tomada la sobria colación, empieza inmediatamente a desgranarse la « *mezusa* » (elegia); es decir, los sólitos ingemiscos llorones y la remasticada melopea del exilio en Babilonia. Abre el treno jeremiaco un « *shójet* » (degollador ritual de gallinas en Queen's), a cuyo verso se estrojan o atropan todos.

mayores en Egipto! Las cargaban piedras de dos quintales a las costillas. Se los remitía a abrir pozos en la

— ¡Querido Padre Dios! ¡Lo que se breó a nuestros pizarra y hacer leña donde no asomaba greña de bosque. Flagelábanlos con culebras de arena y con vergas ensabadas de hipopótamo. Les daban de comer en las cantinas una sopa de guijáes de río, nadando en barro. Y por la menor falta de diligencia o de puntualidad, se los arrojaba al vivero de cocodrilos o a las jaulas de chales del faraón Menefta.

— Pues y los emperadores de Asur ¿de qué locuras de sadismo suplicador no eran enfiados? Salmanasar enganchó a nuestros levitas en los carros que transportaban los cálices de sus saqueos en sagrarios y santuarios. Camino de la deportación, las princesas de Judá fueron violadas por su trailleros sobre la grava a medio machacar de las carreteras.

— ¿Y qué es eso, comparado con los « *shocks* » novismos, con la ruda y loa acibares que se le han engargallado a nuestra generación? A mi padre lo crucificaron con estaquillas en el banco de carpintero, en que, como José, trabajaba en Lemberg. Se nos quemó el « *shul* » (sinagoga), con más de cien niños dentro, que murieron como lauchas. A un sindicato entero de corporados de la albañilería lo arrojaron a un crematorio; y con la cal viva de sus huesos, se construyeron trincheras. A las mujeres las desollaban desnudas a látigo hecho con trenzas y horquillas entrelazadas de sus propios cabellos. Los que pudimos ganar el maquis, la frontera y el playazo de Staten Island, fuimos los únicos no borrados del pergamino de los vivientes. Los que se quedaron cantando las « *midras* » (parábolas) del mosaismo, las pasaron crudas. Corrieron la suerte del « *púlulus* » en el rastrillo implacable de un peine. Se vieron la cachorra dentadura, arrancada a martillazos y vendida por los odontólogos al yegua de su clientela. Los cadáveres de enfermos y de vejestorios amontonáronse en pudrideros para obtener guano con que abonar las « *kartofels* » (patatas). Con carnita de preso se armó parapetos en las calles, se engordó cerda en las granjas y se fabricó miles de kilómetros de salchicha. El idisch era para el colmillo de nuestros verdugos ni siquiera piltraja de tripería en las garras del azorín. Estábamos dejados de la mano de Javeh. Adonai nos olvidaba.

— Todos los tiranos del cielo y de la tierra son del mismo estambre ruin. No dejan a nuestra sangre ni el « *kadish* » (oficio fúnebre) para rezar por sí misma. A todos se los habría de talionar. Brindo por el mesías, que nos traiga la única redención que apetecemos: la del que nos desembutene de quien nos toma por su montura y recado de cabalgar, ajusticiándolo.

— ¿No recuerdas el precepto superior, cortante como un ala de supersónico en vuelo al planeta Marte? ¿No sacrificarás razón pura y no te estrecharás con becerros (Oseas)?

— Pues ni ese mandamiento salva a la escarabajina del autocratismo campante. ¿No matachinarás? Que empiecen los señores asesinos, no empifrándose de príncipes. Que den ejemplo la maestia y la mafia de los dictadores. Que no se minien y lilien de púrpura los superpotentes. Las horcas de Nuremberg son operantes demasiado microsas. Los ganchos que como fulmen se nos tiran al hígado, urgen respuesta céler. Y la tendrán. No hay cuadrilátero, en que se ganen « *matchs* » contra el guante de la Justicia Eterna.

ANGEL SAMBLANCAT

LA VIDA Y LOS LIBROS

«EL ESPIRITU ACTIVO»,

por E. Relgis. (1)

EN este libro, el infatigable escritor libertario Eugen Relgis, nos presenta un conjunto de ensayos en los que confirma las opiniones que hace 30 años diera sobre la necesidad de paz y de justicia de los pueblos. Relgis, que ya hizo sus « Peregrinaciones europeas », define a la juventud concediéndole responsabilidades mayúsculas y nos pinta, adelantándose a su llegada, pero seguro de que llegará, la vuelta al país que le vió nacer, pues que no otra cosa indica, no otra cosa pensó, cuando dice : « Y ESA JUVENTUD — que él desparramó en sueños y en luchas, en pensamiento y acción — ETERNA COMO LA VIDA, PERSISTE EN EL HOMBRE QUE REGRESO ENTRE LOS SUYOS ».

No es difícil adivinar cuán grande es la añoranza del terruño y la esperanza, que él quisiera que nadie perdiera, de que volverá joven porque LA JUVENTUD ES ETERNA COMO LA VIDA.

Es una esperanza que Relgis desearía fuese compartida por todos los desterrados, por todos los que, por un motivo u otro, desesperan.

Quizás pensara en el fin trágico de su gran amigo Stefan Zweig, ¡vete a saber!

Relgis lanza el mensaje, el mensaje del hombre puesto a prueba que, a pesar de todo y contra viento y marea, SABE ESPERAR.

Es una juventud, la suya, que además de saber esperar, SABE también CREAR.

Consciencia del ser y del no ser — que no supo guardar el malogrado Zweig —, que transforma la experiencia de los antepasados en energía combativa, que aplica sin demora la ciencia en hechos y que no encuentra distancias, o bien las vence, entre la idea y la acción.

Así concibe y ensalza a la juventud este peregrino universal como es el autor humanista, escritor de primera fila, de « Mirón el Sordo » y de más de 30 libros más.

Relgis tiene la firmeza y la virtud de ser consecuente; difícilmente se le encuentra en contrastes graves a pesar de que añora mucho, cosa que suele conducir a errores importantes, sobre todo, para quien como él es además soñador.

Añorar y soñar son, sin embargo, dos inclinaciones tentadoras, y la perseverancia y rectitud de Relgis sólo se debe a que es un racionalista consumado que sabe dominar los sentimientos y elegir bien ante las situaciones conflictivas.

Relgis es un guardián permanente de « sus campos ».

(1) E. Humanidad, precio 650 francos.

es un centinela en alerta permanente dispuesto a batirse con el enemigo cada vez que éste, aun disfrazado de bonanza, hace acto de presencia.

Es un enamorado de la serenidad prefulgente, y aun profesando intenso amor hacia sus semejantes, hacia la vida y todo lo que vive, nunca ha amado ciegamente. Es uno de los que no admiten que el amor sea ciego, única manera de que no falle el autogobierno de cada uno.

Comparte la opinión de Gerard de Lacaze cuando éste une y afirma que la libertad es una necesidad para la Ciencia, paralela a la necesidad que tiene de ciencia la Libertad.

Es decir, que no será exagerada la interpretación que le damos a su escrito al decir que no se concibe ciencia en la opresión ni libertad en la torpeza y la ignorancia.

Analizando al « freudismo », repasa la influencia que sobre la actitud de los hombres ejerce la sexualidad. El fascismo, en parte, es producto de ello.

Comenta, con la soltura del maestro en sociología, algunas ideas de K. Marx. Poper y Lynkeus y con acierto, a mi entender, concluye que el materialismo de Marx ha fracasado porque, si bien es verdad que « los hombres de nuestros días tienen la posibilidad de sobrevolar el Atlántico, no todos tienen el dinero necesario para tomar el tranvía ».

También analiza la revolución, aunque lo preferiríamos más profundo en este aspecto concreto ya que, según nosotros, Gandhi no ha triunfado tampoco, y no ha triunfado, ni siquiera para que fuera él mismo respetado.

Blake, el solitario, el indiferente, el presenteísta, nos satisface en la medida en que su ejemplo se nos presenta para vivir de realidades, una de ellas puede ser los sueños, y aprobamos el documento que resulta de su afirmación cuando enjuicia a la intelectualidad francesa y el liberalismo francés como responsable de una época y de una orientación determinada de la humanidad.

Nos parece inapropiada la importancia que da a Baudville d'Hostel cuando en « El drama del fin de los tiempos » predice el fin del mundo. Desde luego, no queriendo terminar su ensayo con una nota pesimista — pesimista Relgis no lo ha sido nunca —, al final nos ofrece una serie de « medallones » de gran valor para los que como yo gustan tener datos sobre los hombres ejemplares. Tales Enriqueta Rolland-Holst, Key Ellen, Tagore, Aurora Rodríguez, a quien los españoles conocemos tanto; Nobel, quien, según Relgis, encarna al Fausto de Goethe; Schweitzer, « el ser que más ha sabido colmar su vida de pensador y hombre de acción »; A. France, a quien Relgis vapulea extrañamente, etc. etc.

Después de « Mirón el sordo », « El espíritu activo » demuestra lo muy enciclopédico que es el cultivo al que se entrega el compañero Relgis.

«LOS PRECURSORES» (2)

Las publicaciones ANALECTOS nos ofrecen un librito que merece la estima de todos los hombres estudiosos y de todos aquéllos que, aun sin serlo, se apasionan por los detalles ocurridos a las celebridades más dignas de la historia.

El volumen « Los Precursores », que tenemos ante nuestros ojos, nos da datos biográficos de Concepción Arenal, «la egregia dama, la del alma inmensa como un océano, la, por muchos títulos, ilustre escritora penitenciaria».

No son pocas las mujeres que en España se han distinguido por su humanismo, y no faltan de estas mujeres quienes han adquirido, merecidamente, fama universal.

Concepción Arenal es una. «El nombre de esta mujer está en el corazón de todos los que sufren, de todos los vencidos, de los injustamente perseguidos, de los que sienten el peso de una condena, porque las ubres de esta madre no se han secado».

Así se expresa de la que fué Directora de Prisiones, el pequeño libro de Analectos.

Los españoles — y los no españoles también —, que desde hace tantos tiempos siguen brutalizados por la peste estatal y los sicarios del estado franquista, los que han muerto de las torturas; los que han perecido de hambre; los que no han encontrado ninguna alma que se apiadara de ellos, caídos como estaban entre colmillo y colmillo franquista; aquellas madres que amamantando al niño fueron detenidas el año 39, y el 42, y el 50, y el 58, y le vieron morir en la celda fría de la cárcel, por falta de alimentos y sin leche en los pechos, habrán pensado más de una vez en la excelsa mujer que fué Concepción Arenal, la que de haber vivido, humanista como era, también hubiese corrido la misma suerte que la que han corrido las miles y miles de mujeres sobre las cuales, las tropas salvajes de la Junta de Burgos, llamada más tarde Gobierno Nacional de España, se ensañaron como los chacales no lo hubieran sabido hacer.

Nos ofrece también datos de Enrique Ibsen, el maestro noruego, del cual « Casa de muñecas » es una de sus mejores obras, el que sin saber por qué motivos, pasaron algunos años en los que la humanidad casi lo había olvidado, él, que fué uno de los individualistas, y por consiguiente artista, más caracterizado de su época; el enemigo irreductible de la hipocresía social y de to-

das las componendas políticas, religiosas, morales o convencionales.

Encontramos también a Pi y Margall, catalán, quien, no conforme con expresar originalidades literarias o filosóficas porque habló sobre la libertad : « LA LIBERTAD, COMO LA LANZA DE AQUILES, CURA LAS HERIDAS QUE PRODUCE », sobre la educación : « NADA DE ESCONDER A LOS NIÑOS LA REALIDAD DE LAS COSAS », se expresó también sobre la propiedad, que, de todos los males que padece la humanidad, éste es quizás el más dañino, diciendo lo siguiente : « VENCIDO EL TERMINO DEL CONTRATO O EL DE LA LEY, PUEDE LANZAR AL COLONO QUE LA HACE FECUNDAR CON EL SUDOR DE SU ROSTRO Y EL DE SUS HIJOS. SU COLONO, TRABAJANDO, NO GANA NUNCA PODER ALGUNO SOBRE LA TIERRA, Y EL SIN TRABAJAR, CONSERVA EL QUE ADQUIRIO POR SU TITULO. »

Indudablemente, Pi y Margall es el ilustre español que deberá contarse entre los bienhechores del pueblo español y de la humanidad entera. Todo el mundo sabe ya que fué el fiel traductor de Proudhon con cuyas teorías se identificaba.

En el mismo libro conversamos con Eliseo Reclús, el insigne geógrafo y anarquista que apellida a la anarquía como « la más alta expresión del orden »; Francisco de Goya, el hijo de Fuendetodos y padre del mejor pincel que conoció España, e Hipócrates, el nombre más conocido de la Medicina griega entre el V y IV siglos.

La tradición médica hipocrática es la base de la medicina natural razonada.

« Hipócrates viajó con provecho. Carente de vicios y defectos, dominando a las masas por ser un cerebro superior, capaz de mantenerse digno, aun en las más adversas circunstancias, y dignificar con su ejemplo a los que le siguieron; mentalidad ecléctica, como la mayoría de los filósofos griegos, si bien con ciertas tendencias espiritualistas, buscó el estímulo y la razón. »

Fué famoso en la Escuela de Cos, etc.

Un pequeño libro, en fin « Los precursores », selecto, en donde se puede consultar porque es una pequeña enciclopedia.

M. CELMA

(2) « Analectos », 100 francos.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería.

En nuestra sección «La vida y los libros» se insertarán críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, de las cuales nos hagan llegar dos ejemplares gratuitos a la Redacción de

CENIT

El pensamiento vivo de Schopenhauer

Todo el fausto, todos los goces, son pobres, reflejados en la conciencia de un Cervantes cuando, en una cárcel incómoda, escribía el Don Quijote.

**

Fácil es ver claramente que nuestra felicidad depende de lo que somos, de nuestra individualidad, mientras a menudo no se tiene en cuenta sino lo que tenemos o lo que representamos.

**

Un temperamento tranquilo y jovial, nacido de una salud perfecta, y de una feliz organización; una razón lúcida, viva, penetrante y exacta; una voluntad moderada y dulce; y como resultado, una buena conciencia, son ventajas que ninguna categoría, ninguna riqueza puede reemplazar.

**

Un hombre de talento, en la soledad más absoluta, encuentra en sus pensamientos y en su propia imaginación con qué divertirse agradablemente, mientras el ser limitado, por más que varíe las fiestas, vaya a espectáculos, paseos y diversiones, no llegará a sofocar el tedio que lo atormenta.

**

Sócrates decía, viendo algunos objetos de lujo expuestos para la venta: «¡Cuántas cosas existen que yo no necesito!»

**

¡Cuántos vemos diligentes como hormigas, y ocupados desde la mañana hasta la noche en aumentar una riqueza ya adquirida! No conocen más allá del limitado horizonte que encierra los medios de conseguir eso; su espíritu está vacío, y, en consecuencia, inaccesible a cualquiera otra ocupación. Los goces más elevados, los goces intelectuales son inabordables para ellos; en vano tratan de reemplazarlos por goces fugitivos, sensuales, ligeros, poco costosos de adquirir, que se permiten de cuando en cuando. En el término de su vida se encuen-

tran como resultado, cuando la fortuna les ha sido favorable, un gran montón de dinero, que dejan a sus herederos, encargándose éstos de aumentarlo o de disiparlo.

**

Un joven mundano, rico en el exterior y pobre por dentro, inútilmente se esfuerza en reemplazar la riqueza interior por la exterior; quiere recibirlo todo de fuera, como esos ancianos que tratan de apurar nuevas fuerzas en el aliento de las jóvenes.

**

Lo que tenemos en nosotros mismos y por nosotros mismos, en una palabra, la personalidad y su valor, ése es el único factor inmediato de nuestra felicidad y de nuestro bienestar.

**

La necesidad y la privación engendran el dolor; el bienestar y la abundancia hacen brotar el tedio. Por eso vemos a la clase baja del pueblo en lucha incesante contra la necesidad, y, por consiguiente, contra el dolor; y a la clase rica y elevada, empeñada en una lucha permanente y a veces desesperada contra el tedio. La vida nómada, que denota la infima etapa de la civilización, se encuentra también en la superior, en la vida del turista, generalmente propagada. La primera nace de la necesidad, la segunda del tedio.

**

El vacío interior que se revela en tantos semblantes, y que se manifiesta por una atención siempre despierta hacia todos los acontecimientos, aun los más insignificantes del mundo exterior; ese vacío es la verdadera causa del tedio, y el que lo sufre aspira, con avidez, excitaciones exteriores, a fin de llegar a poner en movimiento su espíritu y su corazón por cualquier medio. Ese vacío interior es el que principalmente les induce a la persecución de toda especie de reuniones, de diversiones, de placeres y de lujo; persecución que a tantas personas conduce al hastío.

«Así queremos agruparnos unos con otros y comenzar por fundar granjas socialistas, aldeas socialistas, comunidades socialistas.»

LANDAUER

DE UNOS
A OTROS

Preguntas y respuestas

(En esta sección, Cénit de acuerdo con el A. B. I. C., contesta a cuantas preguntas se hagan por parte de los lectores y sobre las cuales poseamos documentación).

1.º Frecuentemente oigo hablar de los Cien Mil Hijos de San Luis, ¿qué se quiere decir con eso?

Respuesta. — El día de Año Nuevo de 1820, varios oficiales del Ejército, al mando del General Riego, se sublevaron en Cabezas de San Juan (Sevilla), proclamando un régimen constitucional. Creían obtener la adhesión popular y con ese fin recorrieron varias comarcas andaluzas apelando a la rebelión, mas sólo encontraron hostilidad.

La población no estaba satisfecha del régimen político en vigor ni de los hombres que gobernaban, pero le faltaba preparación para afrontar peligros y secundar la sedición.

Dos años más tarde, 1822, en Madrid, se sublevó la Guardia Real. Esta sublevación también fué ahogada en sangre el día 7 de julio en combate terroz por las calles de la capital.

No obstante, estos intentos, aun fracasados, provocaron cierta efervescencia protestataria, hasta el punto de alarmar a los potentados. Y es entonces cuando la Solidaridad del Mal —mitra, dinero y corona— deciden recurrir a sus correligionarios de otras naciones, y en el Congreso de Verona 1823, sellan una alianza internacional y acuerdan enviar a España 100.000 hombres armados.

Al mando de dicho ejército iba el Duque de Angulema, servidor elegido por el rey de Francia, Luis XVIII.

Su misión no era otra más que la de acabar con la rebeldía manifiesta del pueblo. Y desde entonces, cuando un español menciona a «Los Cien Mil Hijos de... San Luis», se refiere a los soldados del Duque de Angulema.

2.º Un joven lector, que ha leído en estas columnas la atribución del Premio Nobel a Pasternak, nos pregunta sobre el origen de este género de Premios.

Respuesta. — Este premio de literatura se ofrece al autor de no importa qué país que, en el transcurso del año, haya publicado un libro reuniendo ciertas cualidades esenciales.

Se llama Nobel porque fué Alfredo Nobel, químico sueco, quien, arrepentido quizás, de haber inventado la dinamita, legó su riqueza para

ello en testamento firmado el 27 de noviembre de 1895.

Son siete Premios Nobel que se atribuyen cada año : dos de Física, dos de Química, dos de Paz y uno de Literatura.

El primer elegido para recibir el Premio Nobel fué León Tolstoi, que lo rechazó, y entonces se lo dieron a Sully Prud'homme.

Entre los más destacados de los Premios Nobel de Literatura figuran : Federico Mistral, Jose Echegaray, Rudyard Kipling, Selma Lagerlof, Maeterlinck, Tagore, R. Rolland, Knut Hamsun, A. France, J. Benavente, B. Shaw, Bergson, Tomás Mann y Sinclair Lewis.

Entre los contemporáneos se destacan en primer lugar Albert Camús y Juan Ramón Jiménez.

La suma distribuida entre los siete premios asciende a 172.000 coronas.

3.º Se me ha dicho que Colón fué español y no genovés. ¿Podéis decir algo sobre el particular?

Respuesta. — Es posible que no se sepa nunca el lugar donde nació Colón. Genovés o no, hay muchos pueblos que se lo quieren hacer suyo. Le pasa un poco como Einstein había predicha para él mismo : «Si fracaso, dijo el teórico de la relatividad y padre del átomo, los alemanes dirán que soy judío y los franceses dirán que soy alemán; si triunfo, seré judío para los franceses y alemán para los alemanes».

No se sabe a ciencia cierta nada del nacimiento de Cristóbal Colón. Es posible que sea hijo de una familia expulsada de España por ser judía. Esa es la opinión de algunos eruditos. El mismo se comportó, habló y actuó en muchas ocasiones, como un converso. Quienes le ayudaron y protegieron eran conversos y los mismos Reyes Católicos lo acogieron gracias a la influencia ejercida por conversos. Hay quien dice incluso que es catalán; otros, que es extremeño, gallego, etc.

Las Casas dice que «en sus escritos había muchas mezclas de catalán, italiano y portugués».

En fin si por los escritos hemos de responder, es posible que no pueda responderse nunca o que se responda de manera contradictoria siempre, como ahora.

Sin embargo, si el hombre también se expresa con sus actos, Cristóbal Colón, como los mejores internacionalistas, ha dicho que su patria era el mundo.

MICROCULTURA

91. — Se necesitan dieciocho barriles de petróleo para refinar uno de petróleo.
92. — El 20 de abril de 1492 nació en Arezzo (Italia) Pietro Aretino, famoso satírico, escritor licencioso pero lleno de ingenio, autor de unos «Diálogos célebres», fallecido en 1557.
93. — En 1811 se estableció la libertad de imprenta en el Río de la Plata.
94. — Los primitivos pobladores de Puerto Rico fueron los «guanacahibes», que vivían en cavernas. Posteriormente llegaron los «arawacs», de Venezuela. Los «tainos» se establecieron en el occidente, y luego los «caribes» en el oriente de la hermosa isla.
95. — Según algunos psicólogos, la curiosidad es un impulso humano tan vital como el hambre o el sexo.
96. — La biblioteca más grande del Lejano Oriente es la de la Dieta de Tokio, y cuenta con ocho millones de volúmenes.
97. — Para desgracia de la humanidad, el 20 de abril de 1889 nació Adolfo Hitler.
98. — Si se plantan los tulipanes en suelo bien preparado y entre 15 y 20 centímetros de profundidad, podrán permanecer en ese terreno durante dos o tres años, sin necesidad de ser manipulados.
99. — En 1284 moría en Sevilla Alfonso el Sabio, el autor de «Las Siete Partidas».
100. — En Fredonia (Nueva York) se encuentra el primer pozo de gas natural perforado en los Estados Unidos de América, pues data de 1821.
101. — El animal carnívoro más grande es el oso marrón de Alaska, a veces llamado oso pez. Algunos machos miden ocho pies de altura, parados sobre las patas traseras.
102. — El 25 de abril de 1859 empezaron las obras del canal de Suez.
103. — En 1875 nació en Bolonia (Italia) el sabio Guillermo Marconi.
105. — Del alquitrán de hulla—líquido negro, espeso y maloliente—, los químicos pueden obtener por destilación más de 200 sustancias.
106. — En 1911 se suicidó en Turín (Italia) el célebre novelista Emilio Salgari.
107. — Existe una sola especie de tigre, pero con diversas razas geográficas que se distinguen por sus diferencias de tamaño y en el dibujo de las rayas de la piel. El tigre es, entre los animales salvajes, uno de los más hábiles en esconderse, es cazador expertísimo y uno de los menos dados a afrontar riesgos inútiles.
108. — En abril de 1936 murió en Madrid la novelista venezolana Teresa de la Parra.
109. — California es el cuarto estado norteamericano productor de cebollas.
110. — Según la leyenda, en el año 753-A. C., Rómulo y Remo fundaron la ciudad de Roma.
111. — Tanto como cincuenta barriles de agua pueden evaporarse en la superficie de las hojas de un olmo grande en un solo día, durante el verano.
112. — En 1545 se descubrieron en Potosí (Bolivia) las primeras minas de plata.
113. — Cuando se extrae carbón de las minas, la tierra que queda en la superficie de las excavaciones suele derrumbarse. Cuando se extrae petróleo de la tierra, no hay tal peligro de derrumbamiento, pues el llamado oro líquido corre bajo tierra a través de rocas porosas y arena, los que retienen su fuerza de resistencia al peso.
114. — El 21 de abril de 1910 murió Mark Twain, literato norteamericano.
115. — Hace muchos años que el hombre emplea el azufre. Los antiguos lo empleaban para «ahuyentar a los espíritus» malignos; los egipcios para blanquear los tejidos; los artistas para hacer pintura y los médicos y farmacéuticos para hacer remedios.
116. — En 1794 fueron guillotinado en Francia, Danton (quien dijo que, «après le pain, l'éducation est le premier besoin du peuple»), Chabot y Desmoulins.
117. — Los meteoros, llamados con frecuencia estrellas errantes, son trozos de piedra o hierro que al entrar en la atmósfera se incendian debido a la fricción del aire.
118. — En la mayoría de los mamíferos, la hembra asume el cuidado exclusivo de los hijos.
119. — En 1827 nació José Lister, fundador de la cirugía antiséptica.
120. — La corteza del abeto, que anteriormente se desperdiciaba, ahora se emplea para hacer los productos llamados «silvacón», empleados en materiales plásticos y adhesivos.
121. — En 1923 falleció en Egipto el arqueólogo Carnarvon.
122. — Las lámparas de tubo fluorescente que contienen «kripto» gasta una octava parte de la electricidad que consumen las que poseen «argo»; ambos gases, junto con el «neón», se obtienen del aire atmosférico.
123. — El 5 de abril de 1937 murió en Valencia José Benlliure, célebre artista español.
124. — Para obtener mejores patatas fritas y más económicamente, se aconseja sumergirlas en agua salada antes de freírlas.
125. — El 11 de abril de 1502 salió de Cádiz, en su último viaje, Cristóbal Colón.

SUNO

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Cholsy-le-Roi (Seine).—Le Gérant : E. Guillemau. Toulouse (Hte-Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

Otoño

¡A MI HIJA!

Ven por el bosque mojado, donde ya hoja a hoja,
Deja el árbol caer su gran manto dorado.
El cólquico en cristal tiene para que lo cojas,
Abierta desde el alba su flor al borde del prado.

En el aire se tejen misteriosas sedas,
Que la aurora de mañana teñirá de blancura.
Llora la araña en sus temblorosas telas,
Todo es suavidad, armonía y dulzura.

Enmudece el labriego y sus bueyes caminan,
Surca el potente arado la grisácea gleba,
Y allá, en la loma de oro, la vendimia terminan,
¡Ah! Cuán dulce es vivir mientras el invierno llega.

JACQUES FREHEL

★

Los inconscientes

Rodeados estamos de gentes
Tan estúpidas como inconscientes
Para quienes vivir no es vivir,
Y que se contentan en seguir
A los amos que se han dado,
Rebaño de esclavos, de dañados,
A los trabajos forzados condenados,
Que conducen atados y amordazados,
A sus hábitos encadenados,

Rebaño que siente el matadero
Y que corroe el desespero,
Rebaño que el miedo embrutece,
Rebaño que sin conciencia parece
Que vegeta sin criterio
Esperando que en la próxima matanza
¡Lo lleven al cementerio!

GERARD DE LACAZE DUTHIERS
Trad. de V. Muñoz

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
- «Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
- «Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
- «Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
- «Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
- «Ni víctimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 100 fr.
- «Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
- «El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
- «Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
- «Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
- «La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
- «Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
- «Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OITICICA, 50 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de Lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
 - «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.
 - «El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
 - «De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 fr.
 - «Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
 - «Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
 - «Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHA-RAVIGLIO, 630 fr.
 - «Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
 - «Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
 - «Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
 - «El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
 - «Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.360 francos.
 - «Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
 - «Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SAN-DENEGUIER, 750 fr.
 - «La conquista del Pan»: Pedro KROPOTKINE, 350 fr.
- ### BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL
- «El sexo en la civilización»: Varios autores. Introducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
 - «La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
- «Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
- «La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
- «Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
- «Manual del Matrimonio»: H. y A. Stone, 500 fr.
- «El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 500 fr.
- «Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 900 fr.
- «Tipos psicológicos»: C. G. JUNG, 630 fr.
- «El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
- «Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
- «Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
- «Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
- «Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARA-NON, 600 francos.
- «El niño delincuente sexual y su evolución ulterior»: Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
- «El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
- «La inversión sexual»: HAVELOCK ELLIS, 200 fr.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 450 fr.
- «Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 450 fr.
- «La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
- «Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
- «El hombre que hace fortuna»: Silvain ROODES, 450 fr.
- «La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «Cartas a su hijo»: Conde de CHESTERFIELD, 450 fr.
- «La alegría del vivir»: O. SWET MARDEN, 450 fr.
- «El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
- «Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.
- «Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.
- «Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
- «Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
- «Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
- «Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.
- «Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
- «Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
- «Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
- «Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.
- «Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.
- «Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
- «Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
- «J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid